



Es el tiempo de la Misericordia

Índice

Presentación	3
Retiro	5
Formación	18
Comunicación	21
Vida salesiana	30
Claroscuros	35
Pastoral Juvenil	39
La Solana	59
El Anaquel: Hermanos	63
El Anaquel: Mensaje para la Cuaresma	63
El Anaquel: Jubileo de la Misericordia	70

Revista fundada en 2000

Tercera época

Dirección: Mateo González

✓ forum@salesianos.es

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Juan José Bartolomé, Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano, Óscar Bartolomé, Samuel Segura y Xulio César Iglesias.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

🎯 Presentación

Es el tiempo de la misericordia

Redacción

La clausura del año de la vida consagrada nos ha metido de lleno en la Cuaresma del año de la misericordia. Este año podemos rezar de manera más significativa el himno de la liturgia de las horas que nos invita a cantar el tiempo del Señor es siempre “el tiempo de la misericordia”. Tenemos, pues en nuestro ambiente, muchos elementos para estimular nuestro compromiso en este sentido.

Para el papa Francisco, que celebró la eucaristía e intervino en distintos actos organizados por las diferentes formas de vida consagrada en Roma ambos acontecimientos, año de la vida consagrada y año de la misericordia, mantienen una continuidad muy intensa gracias a la importancia de la dinámica de encuentro, con Cristo y con el otro.

Durante la homilía de la misa celebrada en la jornada de la vida consagrada, el 2 de febrero en la basílica vaticana el Papa dijo que este tiempo “vivido con mucho entusiasmo” era un río que “confluye ahora en el mar de la misericordia, en este inmenso misterio de amor que estamos experimentando con el Jubileo extraordinario”.

Así, dice en otro momento de su homilía, “Los consagrados y las consagradas están llamados sobre todo a ser hombres y mujeres del encuentro. De hecho, la vocación no está motivada por un proyecto nuestro pensado «con cálculo», sino por una gracia del Señor que nos alcanza, a través de un encuentro que cambia la vida. Quien encuentra verdaderamente a Jesús no puede quedarse igual que antes. Él es la novedad que hace nuevas todas las cosas. Quien vive este encuentro se convierte en testigo y hace posible el encuentro para los demás; y también se hace promotor de la cultura del encuentro, evitando la autorreferencialidad que nos hace permanecer encerrados en nosotros mismos”.

Este nuevo número de la revista Forum.com se presenta como subsidio para alentar nuestra consagración religiosa, nuestro compromiso misionero y nuestro testimonio como transmisores de la misericordia del Padre. A esto último nos ayudan las *Lectio Divina* que estamos proponiendo de la mano de Juan José Bartolomé o el retiro de Koldo Gutiérrez.

Y abundan, desde luego, las secciones que nos ayudan a comprender más y mejor nuestra vida religiosa para el mundo de hoy. Es lo que proponemos, un mes más, en la sección de “formación”, “La solana”, “Claroscuros” o “Vida salesiana”. Y, desde este mes, de una manera muy significativa al ofrecer la presentación sobre el documento de la Congregación vaticana de la vida consagrada sobre la identidad y misión de los “hermanos” en las congregaciones y en la Iglesia. Desde el próximo número ofreceremos el texto completo de este documento que es fruto del trabajo del dicasterio vaticano al respecto. Un fruto, podríamos decir, que nos ayuda a todos los religiosos a conformar nuestra identidad teológica y vital en la comunidad –en todos los sentidos–.

Ser misericordiosos como el Padre

Koldo Gutiérrez, SDB

*“El hombre se resiste a caminar si no presiente una
puerta abierta hacia el futuro”*

(Teilhard de Chardin)

El Señor llama a tu puerta, pide permiso para entrar en tu vida, te invita a vivir un encuentro de amor y de ternura. Él llama y si abres, si aceptas la invitación, experimentarás la misericordia de Dios revelada en Jesús, el rostro de la misericordia divina. Él hará de ti una persona misericordiosa como el Padre.

1. La misericordia y el discernimiento en el Papa Francisco

Cuatro días después de ser elegido, el Papa Francisco saludaba al Pueblo de Dios reunido para el rezo del Ángelus en la Plaza de San Pedro. En su saludo decía que acababa de leer un hermoso libro del cardenal Kasper cuyo título era “la misericordia”. De manera sencilla introducía el tema de la misericordia que está siendo un tema clave para entender su pontificado.

Unos cuantos años, al ser nombrado Obispo auxiliar de Buenos Aires, Jorge Bergoglio había escogido como lema de su pontificado “*miserando atque eligendo*” (“mirándolo con misericordia lo eligió”). Esta expresión está tomada de una homilía de San Veda el Venerable donde comentando el relato de la vocación del publicano Mateo dice: “Jesús mirándolo con misericordia lo eligió”. En este lema episcopal podemos ver trazadas las claves fundamentales con las que el Papa Francisco está ejerciendo su pontificado: la misericordia y el discernimiento.

a) A los cincuenta años de la clausura del Concilio Vaticano II

Con ocasión de los cincuenta años del final del Concilio Vaticano II, Francisco ha propuesto celebrar un “Año Santo de la misericordia”. El Concilio había comenzado tres años antes. Juan XXIII en la sesión de apertura decía que la Iglesia quiere usar mejor la medicina de la misericordia que la severidad. Este mensaje caló profundamente en los padres conciliares. De este mismo modo, en la sesión de clausura, el día de la Inmaculada del año 1965, Pablo VI hablaba de una Iglesia

misericordiosa afirmando que la espiritualidad del samaritano había penetrado todo el Concilio.

Cincuenta años después de esta sesión de clausura, también en un día de la Inmaculada, el Papa Francisco abrió oficialmente en la basílica de San Pedro la Puerta Santa, dando inicio a un “Año santo de la Misericordia”. Tres semanas antes había abierto otra Puerta Santa esta vez en Bangui, capital de la República de Centro África, uno de los lugares del mundo más castigados por la pobreza, la violencia terrorista y la guerra. No es descabellado decir que al abrir la Puerta Santa en Bangui el Santo padre está indicando que le gustaría que para hablar de la misericordia fijemos nuestra mirada en los pobres y en los graves problemas del mundo.

b) La Puerta santa pone en relación cielo y tierra

Una puerta pone en relación dos espacios. ¿Qué espacios pone en relación la Puerta Santa de la misericordia? Traspasar esta puerta permite experimentar en la propia vida la misericordia que Dios regala. Traspasar esta puerta es desear ser misericordiosos como el Padre. Quien ha experimentado misericordia, quien se ha sentido querido y perdonado, está preparado para ejercer misericordia.

La puerta es Cristo. “La Puerta simboliza al mismo Jesús. Cuando pasamos por ella manifestamos nuestra confianza en él y el deseo de una verdadera conversión. Jesús nos anima a salir al encuentro de los demás para llevarles su amor” (Francisco).

En el capítulo 10 de su evangelio, San Juan presenta a Jesús como la puerta por donde se podrá entrar y salir (Juan 10, 9). El evangelista afirma que Jesús es el Buen Pastor que conduce a sus ovejas a sí mismo porque Él mismo es la puerta que lleva a la vida. Quien entra en el ámbito de Dios, a través de Jesús, llega a la plenitud de la vida: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Juan 10, 10). Santa Teresa de Jesús lo entendió perfectamente y por eso decía a sus hermanas que por esa puerta debemos entrar, por Cristo en su humanidad.

Jesús pone en relación lo divino y lo humano, el cielo y la tierra. Atravesar la puerta que es Jesús lleva hasta la plenitud de la vida que nos ofrece el misterio de Dios. Atravesar la puerta que es Jesús lleva a ese espacio donde están los pobres y los problemas del mundo, la situación del ser humano y de la creación entera. Ese es el espacio de la misión donde el Señor envía a la Iglesia con un mensaje de vida y esperanza. Esta Iglesia misionera es la Iglesia en salida de la que gusta hablar el Papa Francisco.

2. La perenne actualidad de la misericordia

Tenemos en nuestra memoria el recuerdo de experiencias que nos han hecho daño y de otras experiencias que nos han hecho bien. Estas últimas han iluminado con su alegría nuestro corazón y han hecho de nosotros mejores personas. De entre estas

experiencias transformadoras, la misericordia ocupa un lugar destacado, y se deja acompañar por la compasión y el consuelo.

En este tiempo hablamos mucho de la misericordia, ojalá sepamos hacer misericordia. Está claro que la misericordia está teniendo un renovado protagonismo en la pastoral de una Iglesia que quiere caminar junto a los hombres y mujeres de este tiempo, dejándose iluminar por el misterio de amor misericordioso y fiel que es Dios.

a) Dios misericordioso y fiel

“Misericordia es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad” (MV 2). En la Sagrada Escritura puede verse que la misericordia es la palabra que mejor expresa cómo es y cómo actúa Dios. La Escritura, al hablar de Dios, dice de Él que es misericordioso y fiel. Con esta convicción podemos leer la Escritura entera, así como nuestra propia vida personal y la vida de nuestras instituciones. Es de un gran consuelo poder reconocer que Dios me ha sido misericordioso y fiel a lo largo de mi vida; que, en este momento, me está siendo misericordioso y fiel; y que tengo la confianza de que en el futuro me será misericordioso y fiel.

La misericordia no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la que Dios revela su amor, un amor como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. “Cuando Israel era joven lo amé y de Egipto llamé a mi hijo. Cuando más lo llamaba, más se alejaban de mí... Pero era yo quien había criado a Efraím, tomándolo en mis brazos; y no recocieron que yo los cuidaba. Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas. Me incliné hacia él para darle de comer... ¿Cómo podría abandonarte Efraím, entregarte, Israel?” (Oseas 11. 1-4, 8).

b) Jesús revela el rostro misericordioso de Dios

La misericordia es el principal atributo de Dios y se ha manifestado de una manera singular en Jesucristo. Jesús revela el rostro misericordioso del Padre, con sus palabras y sus gestos revela la misericordia de Dios. Es decir, a través de Jesús, Dios ha revelado que me ama, que me tiene misericordia, perdón, ternura.

Podemos decir que la misericordia es la clave para entender el Evangelio y toda la vida cristiana. Para el Papa Francisco el corazón del Evangelio está en el mensaje de la misericordia divina.

Por eso, el Santo padre propone que contemplemos el misterio de la misericordia porque encierra una fuente de alegría, de serenidad y de paz. En definitiva, la misericordia divina es condición para nuestra salvación. Flay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia que recibimos en Jesús para poder ser también nosotros mismos signos eficaces de la misericordia del Padre. Un Año santo es un tiempo oportuno.

c) Una Iglesia misericordiosa para un mundo herido

Para Francisco “la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo” (MV 12).

El Papa habla de la Iglesia como el Pueblo santo de Dios que es sacramento de misericordia. “La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio” (EG 114).

Francisco gusta hablar de la Iglesia en femenino. Dice de la Iglesia que es madre y maestra. La Iglesia es una madre de corazón abierto que sale al encuentro de todos. El Papa también habla de una Iglesia como discípula que sabe escuchar a su Señor y al Pueblo santo de Dios.

El Papa quiere una Iglesia misericordiosa para un mundo herido. Así se expresaba en una entrevista a la revista la *Civiltá cattolica*: “Lo que la Iglesia necesita con mayor urgencia hoy es una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía, proximidad. Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla”.

d) Una Pastoral de la misericordia

Que el Papa propone una pastoral de la misericordia queda claro cuando afirma: “Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios. A todos, creyentes y lejanos, pueda llegar el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios que está ya presente en medio de nosotros” (MV 5).

De esta manera estamos llamados a vivir de misericordia porque a nosotros en primer lugar hemos experimentado misericordia. ¿Qué puede ser desarrollar una pastoral de la misericordia? En la bula *Misericordiae Vultus* se proponen estos cuatro pasos: anunciar la misericordia; ser misericordiosos como el Padre; salir hasta las periferias existenciales; encargarse del anuncio alegre del perdón.

e) ¿Justicia o misericordia?

Muchas veces se dice que lo importante es la justicia. ¿Son incompatibles la justicia y la misericordia? ¿Puede darnos alguna luz la Escritura?

Jonás fue un profeta que recibió el mandato de Dios para predicar la conversión a los habitantes Nínive. Cuando el profeta recibió este mandato se sintió contrariado e intentó huir a Tarsis, el lugar que había encontrado más alejado de Nínive. ¿Por qué huyó? Él mismo lo explica: “Me apresuré a huir de mi tierra porque sé que eres un

Dios misericordioso” (Jonás 4,2). A Jonás no le gustaba que Dios fuese misericordioso porque pensaba que los ninivitas no merecían ninguna misericordia. ¿Qué quería Jonás para los Ninivitas? El profeta quería que Dios aplicara toda su justicia contra aquel pueblo porque consideraba que los ninivitas no merecían la misericordia de Dios. El relato no oculta el enfado de Jonás y deja ver la tristeza que anida en el corazón del profeta que incluso se desea la muerte. Un mundo sin misericordia puede generar mucha tristeza.

En el evangelio de San Lucas encontramos otro ejemplo. Me refiero a la parábola del padre misericordioso. En este relato se habla de un padre que acoge y perdona con inmenso amor a su hijo que había abandonado su casa y que había dilapidado su fortuna y su dignidad viviendo perdidamente. En esta ocasión lo que me interesa es destacar la actitud del hijo mayor. Este se entristeció por el regreso de su hermano. El hijo mayor consideraba que no era justo el proceder misericordioso de su padre. Un mundo sin misericordia puede generar mucha tristeza y soledad.

En la ceremonia que sirvió para la apertura de la Puerta Santa en la basílica de San Pedro se siguió esta secuencia: Francisco desde fuera de la basílica llamó a la puerta exclamando “¡Abrid las puertas de la justicia!” Desde el interior se abrieron las puertas dando paso al espacio de la misericordia. Los cristianos afirmamos el valor de la justicia y, al mismo tiempo, afirmamos un valor más radical: la misericordia.

¿Son incompatibles la justicia y la misericordia? “Si Dios se detuviera en la justicia dejaría de ser Dios, sería como todos los hombres que invocan respeto por la ley. La justicia por sí misma no basta, y la experiencia enseña que apelando solamente a ella se corre el riesgo de destruirla. Por esto Dios va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón” (MV 21).

A algunos podría parecer que esta reflexión es solo un bello discurso teológico. Creo que no es así. En la Iglesia hemos escuchado últimamente algunas voces que afirman que cuando se destaca mucho la misericordia estamos construyendo una religión de plastilina. No lo ve así el Papa Francisco quien, citando a Santo Tomás de Aquino, afirma: “En sí misma la misericordia es la más grande de las virtudes ya que a ella pertenece volcarse en otros y, más aún, socorrer sus deficiencias. Esto es peculiar del superior, y por eso se tiene como propio de Dios tener misericordia, en la cual resplandece su omnipotencia de modo máximo” (EG 37). La omnipotencia de Dios se hace concreta en su infinita misericordia.

f) El primado de la Gracia y la jerarquía de verdades

Encontramos argumentos de peso cuando el Santo padre habla del primado de la gracia y de la jerarquía de verdades.

“El principio de la primacía de la gracia debe ser un faro que alumbre permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización” (EG 112). ¿Por qué es tan importante el primado de la gracia? La gracia sitúa al hombre en lo que

tenemos que reconocer como don y regalo, no como conquista o mérito. De esta manera hay que afirmar que podemos tener muchas cualidades pero eso no significa que nos encontremos aún cerca de Dios que se nos ha revelado lleno de amor y misericordia en Jesucristo. Es decir, la gracia acerca por puro amor a Dios misericordioso y fiel.

También propone el Papa, como había hecho el Concilio Vaticano II, la necesidad de una jerarquía de verdades. “Todas las verdades reveladas proceden de la misma fuente divina y son creídas con la misma fe, pero algunas de ellas son más importantes por expresar más directamente el corazón del Evangelio. En este núcleo fundamental lo que resplandece es la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado” (EG 36). Con la misericordia tocamos la verdadera identidad del cristianismo que habla de un Dios que, por su misericordia, se abaja hasta el punto de hacerse hombre y morir en una cruz por puro amor. Esto es lo que vamos a celebrar en estos días de Navidad.

3. La Navidad es un misterio de Misericordia

Después de detenerme en ofrecer unas consideraciones sobre la misericordia quiero proponer una meditación de Navidad partiendo de algunos textos del Evangelio de San Lucas, al que se califica como el evangelio de la misericordia. Basta recordar las tres parábolas del capítulo 15 en las que Lucas habla de un pastor que sale en busca de una oveja perdida, de una mujer que se alegra por haber encontrado una moneda que había extraviado, de un padre misericordioso que recupera a un hijo que se había alejado de su casa. Ya en el capítulo 10 de su evangelio había hablado del buen samaritano que es misericordioso con aquel hombre herido. Estos textos han traspasado fronteras, culturas y religiones.

Tenemos en los tres primeros capítulos de San Lucas una obertura del Evangelio porque en estos textos el evangelista deja ver los temas que después va a desarrollar: el amor misericordioso de un Dios que ha querido abajarse haciéndose uno de nosotros en Jesucristo; el proyecto de Dios que regala salvación en Jesucristo; la disponibilidad del ser humano, visible en María, para la colaboración con el plan de salvación de Dios.

En esta meditación me fijo especialmente en María y veo en ella a la Iglesia de quien la madre del Señor es modelo. Por eso, hablo de una Iglesia que acoge el mensaje de la salvación, una Iglesia que sale hasta las periferias existenciales, una Iglesia portadora de la misericordia salvadora de Dios.

a) Una Iglesia que acoge el mensaje de la salvación

La escena de la anunciación empieza con vigor: ¡Alégrate! Este saludo es fundamental para entender no solo el resto del relato, sino la verdad del Evangelio y de la vida cristiana.

Gabriel dirige la palabra a María por tres veces: “El Señor está contigo”; “Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús”; “El Espíritu Santo vendrá sobre ti...el que va a nacer se llamará Hijo de Dios”. María responde al ángel de tres maneras: la primera reacción es temor y conmoción; después pregunta “¿Cómo sucederá...?”; y después dice “Aquí tienes a la esclava del Señor”. Lucas describe en María a la primera y perfecta cristiana. Es cierto que abrirse a la voluntad de Dios, decir “hágase...”, es la clave fundamental de la vida cristiana.

Como María, en el proceso de acoger en nosotros la voluntad de Dios, podemos vivir momentos de miedo y de conmoción, hacer preguntas, pero lo fundamental es abrirse a la voluntad de Dios. Antes de llegar hasta aquí, María pregunta, medita en su corazón, dialoga consigo misma sobre el significado del anuncio. Lucas dibuja la escena en un ambiente de serenidad y de silencio. El silencio es como un respirar hacia dentro y el hablar es como un respirar hacia fuera.

Acaba el relato diciendo “y el ángel la dejó”. El ángel deja a María pero la misión permanece. Ella mientras tanto va madurando la cercanía interior de Dios.

Cuando el ángel se va llegan las dificultades. A pesar de todas las dificultades en María quedarán como bálsamo aquellas palabras: ¡No temas!

Una Iglesia en salida hasta las periferias existenciales

María es para nosotros el modelo para acoger la misericordia de Dios, “El señor ha hecho en mi maravillas”, y para ejercer la misericordia de los sencillos, “se puso en camino”.

María podría haber pensado que debía prepararse para ser madre, que ya tenía bastante con cuidarse ella misma y cuidar a la criatura que llevaba en su seno, sin embargo se puso en camino hacia la montaña de Judá para ayudar a su prima Isabel. ¿Quién estaba poniendo en movimiento a María? La presencia de Jesús en sus entrañas impulsa a María a ponerse en camino. El amor de Dios cuando ha enraizado en nuestras entrañas pone en camino y envía.

Cuando llega a casa de su prima, María saluda a Isabel quien aprecia su generosidad y nota que el niño que lleva dentro salta en su interior. Isabel manifiesta a María su agradecimiento, “¿quién soy yo?”, y hace una bienaventuranza de la fe, “dichosa tú que has creído”. Como respuesta a estas palabras de Isabel, María quiso dar voz a todos los pobres de la historia cantando la misericordia de Dios.

En esta escena tenemos una fotografía de la Iglesia en salida que va a las periferias existenciales con intención de ayudar y servir. Una Iglesia que lleva en sus entrañas al Salvador no queda encerrada en sus dificultades. Salir es abrir una vía de conexión con los otros, es tener en el centro de la existencia al Señor, es atender al envío de quien ha escuchado y visto el clamor de su pueblo.

Una Iglesia portadora de la misericordia salvadora de Dios

La escena del nacimiento de Jesús es única. Vemos la fragilidad del Salvador, que fue depositado en uno de los comederos, así como la presencia de la creación entero simbolizada en los animales y las estrellas. Vemos la colaboración del Pueblo santo de Dios concretado en los sencillos: María, José y los pastores. Vemos la alegría que tare la fe, la fuerza que acompaña a la esperanza y la vida que surge del amor.

“Mientras estaban en Belén, le llegó a María el tiempo del parto, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre porque no había sitio para ellos en la posada” (Lucas 2, 6-7).

Lucas pone en escena un coro de ángeles que cantan: ¡Gloria a Dios en lo alto del cielo, y en la tierra paz a los hombres que gozan de su favor! Nosotros gozamos del favor del Señor y de su elección. Nosotros, como todo el Pueblo, dice el evangelista. Vemos en estas palabras del ángel que evangelio y paz van unidos.

“Había en aquellos campos unos pastores que pasaban la noche al raso velando sus rebaños. Un ángel del Señor se les apareció y la gloria del Señor los envolvió con su luz. Entonces les entró un gran miedo, pero el ángel les dijo: 'No temáis, pues os traigo una buena noticia de gran alegría, que lo será también para todo el pueblo: Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor. Esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre'. Y de repente se juntó al ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: 'Gloria a Dios en lo alto del cielo, y en la tierra paz a los hombres que gozan de su favor'” (Lucas 2, 8-14).

Este es el texto que leemos en la Misa de Gallo, la víspera de Navidad. En la escritura cuando habla un ángel lo que cuenta es el significado de lo que está aconteciendo. Es decir Lucas dice que el núcleo del evangelio es una buena noticia; Jesús. De él dice que es el Salvador, el Mesías, el Señor.

El que los pastores sean quienes reciben el anuncio del ángel es un detalle significativo. Jesús es buena nueva para los humildes, los despreciados y los pobres. En el resto del evangelio se irá contando esta buena nueva a través de las curaciones, las comidas de Jesús, la acogida a los que sufren y a los pecadores.

Lucas adorna su evangelio con una gran alegría. En estos capítulos pone tres himnos llenos de música, de esperanza, gozo y alegría. Encierran en sí la esperanza de los primeros cristianos, también las esperanzas de los cristianos de todas las épocas. Los recordamos porque son habituales en la liturgia de las Horas: Benedictus, Magnificat y Nunc Dimitis. Estos himnos unen lo que nosotros muchas veces separamos: espiritualidad y pasión por este mundo. Nuestra celebración de Navidad siempre ha estado unida a expresiones de gozo, de paz y de alegría. Es una forma adecuada de vivir la Navidad.

Acabo este apartado recordando que todo Adviento ha supuesto un tiempo de preparación, un tiempo de cambio y conversión. Arrepentirse es apartarse de los señores de este mundo y volverse a Dios, regresar a Dios. Arrepentirse es “ir más allá de la mentalidad que tienes”. Esta perspectiva de la conversión es muy actual y costosa para todos. Cuando también en nosotros va quedando el poso de ver las cosas sólo desde mi manera, mi mentalidad, mis esquemas... convertirnos es asumir los sentimientos de Cristo Jesús. Recordemos las palabras de San Pablo: “No hagáis nada por ambición o vanagloria, antes con humildad tened a los otros por mejores...Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús” (Fil 2,3).

Convertirse, por lo tanto, es mirar de una manera diferente, la mirada del Señor. Quisiera resaltar un detalle que para mí es significativo. Cuando los sabios se encontraron con el Señor, volvieron por otro camino. El Señor cambia nuestra vida. Un encuentro, una experiencia, produce un cambio.

¿De quién viene la Paz del mundo de Cristo o de tantos otros señores que reclaman nuestra atención? Lo importante de la Navidad no son los espumillones, bien lo sabemos, sino los medios para hacer posible esa paz en la tierra que quiere el Señor.

4. Una Pastoral Juvenil mística y de la misericordia

El símbolo de la Puerta Santa que une lo divino y lo humano, el cielo y la tierra, me anima a proponer una Pastoral Juvenil mística y de la misericordia.

a) Una Pastoral Juvenil mística

Hablar de una Pastoral Juvenil mística puede sonar extraño. Algunos unen la palabra mística a tener experiencias extraordinarias. Si fuera así resulta difícil comprender que una espiritualidad que quiere ser de lo cotidiano pueda ser mística. Por eso, creo que es importante explicar qué entendemos por mística.

Cuando hablo de mística me refiero a la experiencia de la fe. “La experiencia mística,..., no es más que una de las modalidades de la experiencia de la fe” (Martín Velasco). Por lo tanto, una Pastoral Juvenil mística es una Pastoral Juvenil de la experiencia de la fe.

Han pasado cuarenta años de aquellas palabras de Karl Rhaner: “el cristiano del futuro o será un místico, es decir, una persona que ha experimentado algo o no será cristiano. Porque la espiritualidad del futuro no se apoyará ya en una convicción unánime, evidente y pública, ni en un ambiente religioso generalizado, previos a la experiencia y a la decisión personales”. Este es el momento oportuno para hacer visible al cristiano místico, al joven cristiano místico, para apostar por una pastoral juvenil mística.

Una Pastoral Juvenil mística pone en relación cielo y tierra, quiere encontrar los mejores caminos pedagógicos para acompañar hasta la experiencia de Dios, y propone atravesar la puerta de la fe.

Poner en relación cielo y tierra

Los seres humanos somos criaturas de contexto. Vivimos en un contexto que llamamos de secularización. La secularización es un fenómeno complejo y dinámico que no significa siempre lo mismo ni tampoco es semejante en todas las partes. De este proceso quiero hacer notar que hoy hay muchas personas que orientan su vida sin necesidad de la religión. Me interesa hacer ver la pérdida del sentido de trascendencia visible en el alejamiento de la fe en Dios. Para muchos Dios no es algo necesario para entender la vida y desplegar la existencia. En Europa parece que Dios no interesa, especialmente el Dios revelado en Jesucristo. Esta situación es un gran reto pastoral.

Si miramos la historia del primer cristianismo podemos ver que desde muy pronto las comunidades cristianas se preguntaron cómo estar presentes en este mundo. San Pablo propuso dos criterios: “No os acomodéis a este mundo” (Rom. 12, 2) y “examinad todo y retened lo bueno” (1 Tes. 5,21). San Mateo expresó esto de manera distinta: “Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo” (Mat. 5,5). Según el evangelista, los cristianos están en medio del mundo como sal y, al mismo tiempo, tienen algo que ofrece como luz. Estos criterios los encontramos dos siglos después en la carta a Diogneto. “Los cristianos no se distinguen del resto de la humanidad ni en la localidad, ni en el habla, ni en las costumbres... Su existencia es en la tierra, pero su ciudadanía es en el cielo”. Una Pastoral Juvenil mística pone en relación tierra y cielo.

Porque estamos en medio del mundo como la sal es posible conectar con las preguntas de sentido de los hombres, sus deseos de felicidad, la apuesta por un mundo más justo que ilusiona a tantos jóvenes. Porque estamos en medio del mundo como la luz podemos abrir una ventana al cielo. La Pastoral Juvenil quiere escuchar y comprender las preguntas que se hacen los jóvenes de hoy, busca abrir a la experiencia de Dios. Queremos poner en relación cielo y tierra.

No podemos olvidar que el fundamento de nuestra fe es Dios y que quien pone a Dios en el centro de su existencia tiene energía para preguntarse por el hombre. La pregunta más desafiante en la secularizada sociedad europea es la pregunta por Dios que va acompañada por la pregunta sobre quién es el hombre a los ojos de Dios. En Pastoral Juvenil la pregunta sobre Dios es fundamental y también es fundamental la pregunta sobre el hombre, sobre el joven, a los ojos de Dios.

Acompañar hasta la experiencia de Dios

Si he hablado de la crisis de Dios, hablaré ahora de la pasión por Dios. Si he destacado la importancia de la pregunta sobre Dios, destacaré ahora la necesidad de

acompañar hasta la experiencia de Dios. Una pregunta puede abrir a una experiencia y una experiencia puede plantear muchas preguntas.

Desde mi punto de vista se puede afirmar que una Pastoral Juvenil mística busca proponer caminos pedagógicos para despertar y suscitar el deseo de la fe, iniciar y acompañar hasta la experiencia de Dios.

Por eso, la Pastoral Juvenil mística es mistagógica. La mistagogía es el proceso que encamina hasta el encuentro con el misterio de Dios revelado en Jesucristo por la gracia del Espíritu. Los primeros pasos para este camino mistagógico consisten en despertar el deseo de Dios, hacer consciente de la propia interioridad, ayudar a conectar con las preguntas por el sentido, reconocer estar habitado por una Presencia. “Aquí tiene el proceso mistagógico un paso decisivo: el del reconocimiento de esa Presencia como centro de la propia vida, con el consiguiente descentramiento del sujeto que culmina con la entrega de sí mismo a Dios” (Marín Velasco).

Mistagogo es el educador que ayuda, propone y acompaña hasta la experiencia de Dios. ¿Qué propone? Sin duda que podrá proponer muchos caminos, dejamos apuntados algunos: el encuentro con testigos coherentes, las celebraciones litúrgicas, la experiencia de oración personal y comunitaria, la propuesta de compromisos, distintas reflexiones que ayudan a vivir y a pensar.

La importancia del IEF

“Esta sociedad comenzó siendo una simple catequesis” (CC 34). La educación en la fe es una de las características fundamentales del carisma salesiano. No podemos olvidar esta prioridad.

Como sabéis hemos renovado la redacción del Itinerario de educación en la fe. Para hacer este proceso hemos intentado dialogar con la cultura y nos hemos dejado iluminar por las nuevas perspectivas teológicas y pastorales. En este momento estamos intentando acabar el proceso de renovación de los materiales.

El Rector Mayor, don Ángel Fernández Artime, decía estas palabras en el discurso de clausura del CG 27: “Me atrevo a pedir a cada Inspectoría que también se destine a los hermanos más capaces para cuidar la pastoral juvenil y vocacional, con verdaderas propuestas evangelizadoras, desarrollando itinerarios sistemáticos de educación en la fe, privilegiando la atención a la persona y al acompañamiento personal de las mismas, proponiéndoles valientes desafíos en el discernir sus proyectos de vida, con propuestas igualmente valientes para todo tipo de vocaciones en la Iglesia, también la vocación específica salesiana en sus diversas formas, e implicando a la comunidad toda” (Discurso de clausura de don Ángel Fernández Artime, CG 27).

En estas palabras hay algunas intuiciones que viene bien no olvidar: la necesidad de itinerarios de educación en la fe, la importancia del acompañamiento, la dimensión vocacional, el valor de la comunidad.

b) Una Pastoral Juvenil de la misericordia

He hablado de un Pastoral Juvenil mística. En este texto cuando hablo de mística me refiero a la experiencia de fe. Desde la perspectiva cristiana van unidas fe, esperanza y caridad. Una Pastoral Juvenil de la fe es una Pastoral Juvenil de la esperanza y de la caridad. Una Pastoral Juvenil mística es una Pastoral Juvenil de la misericordia.

Para hacer una Pastoral Juvenil de la misericordia necesitamos tener los ojos bien abiertos y el corazón lleno de compasión. Lo vemos en Jesús y, siguiendo sus huellas, lo vemos en los santos que han permitido que su corazón se llenara de la compasión de Jesús y que han mirado la realidad iluminados sus ojos con la fe.

Viene a mi memoria el recuerdo del viaje del Papa Francisco a Filipinas. En este viaje una muchacha, que siendo niña había sido esclavizada sexualmente, preguntó al Papa: “¿Por qué Dios permite que ocurran estas cosas a los niños?”. El Papa dejó sus papeles, expresó que esta pregunta no tiene respuesta, y fijándose en Jesús habló de lo importante que es saber llorar compartiendo el dolor de quienes sufren. Francisco dejó ver que tenía los ojos abiertos y un corazón compasivo.

¿Supo hacer Don Bosco hacer una Pastoral de misericordia? Quizás sea este uno de los rasgos más visibles de su propuesta pastoral. Don Bosco con los ojos bien abiertos supo ver la difícil situación en la que se encontraban muchos jóvenes a mitad del siglo XIX en un caótico Turin. Nuestro santo vivió con corazón compasivo la situación de aquellos jóvenes, y busco' la manera para poder ayudarles atendiendo sus necesidades básicas, enseñándoles, formándolos en un oficio, buscándoles trabajo, consolando sus desdichas, dando alegría y esperanza en sus vidas.

Estando en el hospitalito de Santa Filomena de la Marquesa Barolo, Don Bosco escribió en el año 1846 un libro titulado “Ejercicio de devoción sobre la Misericordia de Dios”. Como es habitual en Don Bosco se acercó a la misericordia divina con olfato pedagógico, y propuso a sus jóvenes experimentar la misericordia a través los sacramentos de la reconciliación y de la eucaristía, así como mediante la paternidad de los educadores.

Ejercitar las obras de misericordia

En la cuarta semana de los EE de San Ignacio, cuando el ejercitante ya lleva hecho un largo camino espiritual, estamos preparados para hacer la “meditación para alcanzar amor”. En ella, San Ignacio propone estos dos criterios: “el amor se demuestra más con hechos que con palabras”, y “más vale dar que recibir”. El primero de estos criterios propone ser concretos. El segundo invita a estar descentrado de sí mismo y estar dispuestos a la donación.

En esta misma lógica, no extraña que para el Año santo de la misericordia, Francisco proponga que ejercitemos, con hechos mejor que con palabras, las obras de misericordia corporales (dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos) y las obras de misericordia espirituales (dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos).

Una Pastoral Juvenil de la misericordia buscará concretar estas obras de misericordia. ¿Qué pide cada una de las obras de misericordia a la Pastoral Juvenil? Tenemos los criterios para responder estas preguntas: ojos abiertos, corazón compasivo, hechos más que palabras, donación y generosidad.

El sacramento de la misericordia

Queriendo explicar los motivos por los que ha propuesto un Año santo para la misericordia, Francisco decía: “Este es el tiempo favorable para curar las heridas, para no cansarse de encontrarse con quienes esperan ver y tocar con las manos los signos de la cercanía de Dios, para ofrecer a todos, la vía del perdón y de la reconciliación”.

Este año es una oportunidad para acercarnos al perdón. Hay un perdón recibido y un perdón ofrecido. Una Pastoral Juvenil de la misericordia tiene en el perdón, recibido y ofrecido, uno de sus principales argumentos. La misericordia divina vence las resistencias y rebeliones del hombre encorvado sobre sí mismo y le abre a la conversión y a la recuperación de la filiación divina. Además no es coherente recibir la misericordia de Dios y vivir después rencor, cólera, venganza. De esta manera puede leerse la parábola del siervo despiadado (Mt 18, 23-35).

“Dios está siempre disponible al perdón y nunca se cansa de ofrecerlo de manera siempre nueva e inesperada. Todos nosotros, sin embargo, vivimos la experiencia del pecado. Sabemos que estamos llamados a la perfección, pero sentimos fuerte el peso del pecado... En el sacramento de la Reconciliación Dios perdona los pecados, que realmente quedan cancelados; y sin embargo, la huella negativa que los pecados tienen en nuestros comportamientos y en nuestros pensamientos permanece. La misericordia de Dios es incluso más fuerte que esto. Ella se transforma en indulgencia del Padre que a través de la Esposa de Cristo alcanza al pecador perdonado y lo libera de todo residuo, consecuencia del pecado, habilitándolo a obrar con caridad, a crecer en el amor más bien que a recaer en el pecado” (MV 22).

Somos pecadores perdonados. No cabe duda que este Año de la Misericordia es un estímulo para buscar la manera para que los jóvenes se acerquen al sacramento de la reconciliación.

Formación

*Somos una pequeña minoría,
pero ¡podemos!*

José C. Rey García Paredes, CMF

*Escribí estas reflexiones hace unos meses. En este año de la vida consagrada he podido encontrarme con religiosas y religiosos de varios países (Oriente y Occidente, Norte y Sur). Pero, al llegar de nuevo aquí, a Europa me he topado con este breve texto que escribí a vuela (¡no pluma!, sino vuela-ordenador) después de concluir la lectura de un libro que me llegaba al alma. Se trataba de un autor: Francis Spufford, anglicano, esposo de la Reverend Dr Jessica Martin. Y de un título: *Impenitente, una defensa emocional de la fe* (en inglés *Un-apologetic*). Estas líneas le deben mucho, sus expresiones y palabras. Especialmente al último capítulo titulado “Consecuencias”. Lo que Francis Spufford refiere a una iglesia anglicana en minoría, puede ser referido a una vida consagrada “pequeña minoría”.*

Las imágenes de perfección no son para nosotros. En otros tiempos era así como se explicaba nuestra identidad: institutos de perfección, tendencia a la perfección. Tampoco las imágenes de la “excelencia”. Creemos, eso sí que el ser humano puede mejorar. Eso nos reconforta, pero no podemos creer que la humanidad pueda alcanzar un estado en el que todos nuestros deseos se encuentren en misteriosa armonía y nuestros corazones bien limpios y desinfectados. Eso no va a ocurrir. Bonhoeffer definía al santo como “un pecador de quien Dios ha tenido misericordia”.

El reino de Dios es nuestra utopía, nuestro sueño. Es un sueño imposible de realizar en el ambiente del poder. También el Reino es una imposibilidad para nuestros esfuerzos y programas. Pero creemos que el Reino de Dios cambia la forma del mundo presente y tira de nosotros sin parar y nos prometa una plenitud y una bondad más allá de nuestros límites. Vemos presente el Reino allí donde descubrimos plenitudes y bondades que jamás habríamos sido capaces de imaginar, de administrar. Y llegamos a esa visión porque hemos emprendido *el camino de lo imposible*.

Mi vida consagrada se está ahorrando muchas tentaciones del poder, gracias a su estado de declive. Existe la creencia entre los poderosos de que nuestro declive nos

debería preocupar mucho. Piensan que deberíamos vivir en un estado permanente de agonía; que deberíamos gritar de abatimiento y de humillación por haber perdido la antigua posición de dominio que ocupábamos en la Iglesia o en la sociedad. Pero yo no creo que esto sea del todo cierto. Hay algunos aspectos beneficiosos en el estado de la vida consagrada: su inclusividad para rehacerse a partir de muchos pueblos y culturas, su disponibilidad para ayudar a todo el que pueda necesitarlo, tantas oraciones secretas que laten en nuestros corazones, tantos actos de fe y tantas súplicas internas y externas de perdón... El peso del poder es una carga que una vez desaparecida no se echa de menos.

Quizá los y las más mayores añorem otros tiempos: cuando éramos muchos más – mayoría en nuestras instituciones-, mayoría en el ámbito eclesial. Cuando éramos el “plan B”, alternativo a los proyectos que no salían, cuando nos consideraban y nos considerábamos “iglesia por defecto”: si los demás no oraban, nosotros sí; si los demás no tenían una gran implicación en la misión, nosotros sí; si los demás llevaban una vida relajada, nosotros sí. Pero esa vida religiosa comenzó a morir hace tiempo Y hoy no existe.

Gracias a eso, la vida religiosa no es vehículo de la ambición de nadie. La vida religiosa se ha desligado de la soberbia de los soberbios. Gracias a eso, cada vez se cuenta menos con ella para integrarla en la casta de los “dignatarios”. Gracias a eso, ya no pensamos que para llegar a Dios necesitamos una jerarquía que va del pobre al rico, del rico al rey y del rey a Dios. Ni tenemos la pretensión de ir ascendiendo en una escala de peor a mejor. Gracias a eso, nuestra forma anómala, extraña de vivir, se hace visible de nuevo. Podemos mostrar y los demás pueden distinguir mejor “nuestra alternativa” “nuestra vocación contracultural”: pueden ver que no “somos tanto”, que somos unos pecadores de lo que Dios tiene misericordia. Vamos, ¡que molamos poco! Que somos incompletos, incapaces de convertirnos en una de esas personas tan dueñas de sí mismas que aparecen en los folletos o en la calculadora sin amor que es el Hombre Económico.

Sí, somos pocos, somos una pena. No remontamos. Y eso es bueno. Aunque sería agradable que en la Iglesia hermanos nuestros en la fe nos trataran mejor y no esgrimieran algunas personas burdas caricaturas de la vida consagrada, como a veces ocurre en los blogs religiosos, poniendo en ridículo nuestros defectos físicos o juzgándonos solo por fotografías o nuestra apariencia. ¡Menos mal que Jesús “no juzgaba por apariencias!” (Mc 12,14; Jn 7,24).

Sería agradable que nuestros hermanos en la fe comprendieran que una vida cristiana sin metáforas, sin poesía, no sirve de guía a quienes no pueden entenderse a sí mismos sino a través de la metáfora. Sería agradable que la gente comprenda que el mundo tiene su hechizo, su encanto y que es imposible desechizar el mundo: para eso estamos nosotros, para ser testigos minoritarios de su encanto.

Los y las jóvenes dentro de la vida religiosa europea pueden decir: ¡somos una pequeña minoría! Y esto es, puede ser, una buena noticia. Es cierto, de todos modos,

que se trata de una minoría con poca o ninguna influencia en el conjunto de la Iglesia de la sociedad. Pero, he aquí lo que decía Nietzsche:



Nuestros monasterios, conventos, casas religiosas seguirán abiertas, aunque no sean tantos los que llamen a nuestras puertas. Seguirán ofreciendo un estilo de vida en el que se ofrecerá quietud, meditación, conversación permanente con Dios. Seguirán ofreciendo trampolines para lanzarse a una misión que no será agotadora, sino simbólica –sobre todo–, dinamizadora de la sociedad solidaria. Serán espacios donde la gente podrá venir para verse en el espejo y descubrir cómo somos y aceptar nuestra belleza natural y limitada sin maquillajes, sin photoshop, aceptándonos y descubriéndonos en el escenario de la Creación: “y vió Dios que era bello-bueno” y de la hermandad (¡qué bello-bueno los hermanos unidos!” (Salmo 133)..

Los monasterios, conventos, casas, seguirán abiertas aunque dentro queden ya unos pocos ancianos y ancianas y algunos jóvenes. En ellos latirá la alegría. Serán personajes de luz, y desde allí serán “sal de la tierra”, “luz del mundo”. Jesús seguirá mirándonos desde el centro de la multitud enfurecida. Dios seguirá ahí, iluminándonos. Abrirán sus puertas como “hospederías del Espíritu”: simplemente cómo territorios para los “sin papeles” que sienten nostalgia de lo sagrado.

Los monasterios, conventos, casas serán los lugares de Dios; allí donde se tiene la sensación de que Dios existe. Y que está, sigue estando, a pesar de que este mundo no es ya el que Él soñó y creó; y todavía no es aquel que Jesús liberó e inauguró con la llegada del Reino. Cuando conseguimos acallar nuestros ruidos durante un rato, tenemos la sensación de que Dios existe. Por eso tiene sentido actuar emocionalmente como si existiera. Tiene sentido desafiar el tiempo condicional. Es una sensación de esperanza, una sensación realista, una sensación de seguir intentándolo a pesar de ser pocos, a pesar del agotamiento.

La sensación recomendada por nuestra incómoda hada de los cielos, que dice: “No seas cauto. Que no te sorprenda ninguna crueldad humana. Pero no temas. Pueden repararse muchas más cosas de las que crees”¹.

¹ Francis Spufford, *Impenitente: una defensa emocional de la fe*, Colección Noema. Turner Publicaciones, Madrid, 2014

🎯 Comunicación

Discapacidad y tarea educativa en el relato cinematográfico²

Antía María López Gómez (Universidad de Santiago de Compostela)

1. Cine de discapacitados

Resulta improductivo intentar reconocer un género fílmico que responda a la denominación “cine de discapacitados”, pues solo podremos encontrar como elemento constante la presencia de personajes, siempre en número escaso, que presentan alguna discapacidad. Más allá de esto, no se encuentra ningún otro elemento común a todos estos filmes, ni en relación a la temática, a cuestiones estilísticas o de carácter técnico, entre otras. Así pues, no llevaremos a cabo un rastreo de la totalidad de los filmes en los que la discapacidad, bien como cuestión central, bien como cuestión tangencial o anecdótica, haya sido acometida, si bien, entendemos que esta pudiera ser tarea de un planteamiento taxonomista, que en todo caso conduciría a constatar presencias o ausencias de personajes discapacitados en diferentes.

Nuestro abordaje tampoco se enmarca en una perspectiva clínica, desde donde se reprocha al cine el hecho de tratar la cuestión de la discapacidad al margen de la normalidad, concediéndose más importancia a la discapacidad que al individuo en sí mismo, a quien no se aísla de sus disfunciones físicas o mentales. Él o ella será un individuo no-todo, y la puesta en evidencia de su mella estará por encima del tratamiento de un personaje al que debería reconocérsele una entidad psíquica. Los planteamientos cinematográficos no harían justicia al individuo discapacitado, luego no tendrían la efectividad social deseada (consistente en la familiarización de la colectividad con la presencia de individuos diferentes en un cuerpo social ya en sí mismo heterogéneo), en tanto la caracterización o la aproximación a la figura del discapacitado carecería de rigor u orientación desde el punto de vista clínico.

Tampoco se aborda en este trabajo la cuestión de la operatividad del hecho cinematográfico para los propios discapacitados, estimando su valor desde la perspectiva de la accesibilidad sensorial a la propuesta fílmica, y a la postre del uso

² Artículo publicado en la revista *Comunicación*, núm. 8 (2010), pp. 15-25.

que puedan hacer de ella individuos para quienes la propia materia fílmica sea refractaria.

A diferencia de las posturas esbozadas anteriormente, la nuestra pretende abordar la discapacidad desde la lógica textual, centrándonos en la siguiente cuestión: ¿Cómo se escribe la discapacidad en el texto fílmico? ¿Y acaso ello puede contribuir a educar la mirada del espectador? Entenderemos que el cometido primero del texto cinematográfico será el de construir las condiciones necesarias para que cierta experiencia (estética) tenga lugar para un sujeto dado. En este sentido, si bien es cierto que el cine de discapacitados ha satisfecho la pretensión de la que dan cuenta Huerta y Jiménez de materializar el derecho de los discapacitados a hacerse visibles, más allá de ello proponemos que tras los límites de lo visible, más allá del horizonte de la visibilidad, cierto cine habría sido capaz de hacer de la figura discapacitada, en tanto figura textual, un operador al servicio de la experiencia estética.

2. La problemática de la obra fílmica: enunciar la discapacidad

Metidos ya de lleno en la teorización del texto cinematográfico, abordaremos la cuestión de la discapacidad y su presencia en el cine como un problema de enunciación: ¿En qué términos el relato puede hacerse cargo de la presencia en su seno de una figura provista de cierta disfunción, física y/o psíquica? Desde el comienzo descartamos que el relato fílmico, en tanto hecho del lenguaje, materialización de un acto enunciativo, y en tanto fenómeno estético, deba abordar la cuestión de la discapacidad (al menos como finalidad principal) con rigor científico, asumiendo con fidelidad los saberes clínicos y sus ulteriores pretensiones sociales, esto es, hacer de la integración social de la discapacidad su bandera.

La tarea enunciativa será trascendente, su propósito será trascender los códigos que en el relato garantizan la buena comprensión de cierta disfunción, mediante deslizamientos del significado a través de los elementos constitutivos de la obra. Y será ahí, en esos deslizamientos, en esas piruetas, en esas alteraciones de la buena lógica del relato, la lógica que contribuye a entender, descifrar y (re)conciliar (con) lo disfuncional, donde resulte más eficaz el proceso enunciativo. Es por eso que decimos que el arte cinematográfico no está comprometido con la objetividad, o al menos no prioritariamente, la suya no es una mirada clínica, sino una que se quiere inmersa (anclada, e incluso capitalizada por) en el campo de las emociones, de lo experiencial, más que en el de la inteligibilización de cierta disfunción.

La obra artística se construirá en torno a una serie de cadenas significantes en las que nosotros, sujetos-espectadores, estamos llamados a inscribirnos, recorriendo cierta travesía enunciativa en virtud de la cual se nos revelaran determinadas presencias, entre ellas la de algún individuo discapacitado, así como su sentido en el relato. Una doble revelación que tendrá lugar en ciertas condiciones, las que garanticen la instauración de cierto horizonte humano (humanamente deseable) para el sujeto (para el discapacitado al igual que para el sujeto-espectador). Este sería el modo más productivo, culturalmente hablando, y por tanto más instructivo,

de actuación del relato: introducir al discapacitado en un universo (podría decirse en un orden social, en una estructura sociocultural) deseable, proporcionando así cierto goce estético, el goce del relato debido y deseado. Se trata, entonces, de que la experiencia artística no sea aniquiladora para el espectador, que este no sea aniquilado en la travesía enunciativa, en la comparecencia en el texto de la figura discapacitada.

Ahora bien, los trayectos textuales al respecto son múltiples, y por ello conviene analizar dos modos diferentes de abordar el final del periplo (precisamente ese instante que da sentido a una historia) de dos personajes discapacitados. El primero de ellos tiene lugar en *Los mejores años de nuestra vida*, (William Wyler, EE.UU., 1946), un filme perteneciente al llamado periodo clásico de Hollywood; el otro corresponde a *Léolo* (Jean-Claude Lauzon, Canadá, 1992), un filme perteneciente a ese ya demasiado amplio período del postclasicismo. Pues bien, en el caso del filme de Wyler se construye, en la lógica del relato, un desenlace deseable para los personajes protagonistas, dos parejas jóvenes que finalmente contraen matrimonio, comprometiéndose (en la lógica del texto clásico) de este modo con su futuro. Se trata, por una parte, de la pareja integrada por un joven norteamericano excombatiente en la II Guerra Mundial, ahora mutilado, Homer Parrish (Harold Russell) y su novia de toda la vida, Wilma Cameron (Cathy O'Donnell), quienes tras la crisis que afecta a buena parte del filme, provocada por la vuelta al seno familiar del joven que ha perdido sus manos en el frente, finalmente consiguen recuperar y materializar la idea inicial del enlace. Esto habrá de propiciar una experiencia gozosa, cargada de deseo para el espectador, tal como nos marca una segunda pareja que acude invitada al feliz evento: se trata de otro excombatiente, Fred Derry (Dana Andrews), y la joven Peggy Stephenson (Teresa Wright), de familia acomodada; Fred encontrará ahora la reorientación posible de una vida cifrada en el desastre. Esta pareja última se reencuentra (tras su particular crisis, pues no pertenecen a mundos conciliables, hecho que deberán trascender) en la ceremonia del amigo discapacitado, y gracias a ese acto propiciatorio, a todas luces propiciatorio, la boda, también ellos decidirán dar su paso arriesgado, y en tanto tal provisto de valentía. En esto radica la deseabilidad (para ellos y para nosotros, espectadores) del final, en la carga de valor, de apasionada valentía que, como en todos los actos humanos decisivos, aquí se inscribe.

En el caso del segundo filme se inicia la última secuencia con un sueño de Léolo (Maxime Collin), en el que el niño desesperadamente llama a la protagonista de todos sus sueños, Bianca (Giuditta Del Vecchio), quien sin embargo esta vez no comparecerá. Su ausencia marca el inicio de la convulsión (una crisis, si bien esta irresoluble) que sufrirá Léolo y que le llevará al psiquiátrico en que se encuentran los demás miembros de su familia. Léolo es ya, se ha manifestado ya como un psicótico, cuando había sido hasta este momento el último reducto (la única esperanza) de normalidad (esto es, de salud mental) entre los suyos. Acabará siendo, sin embargo, un discapacitado mental para quien el relato no pudo sostener un sueño, un sueño que alimentara, más allá de su deteriorada realidad, su necesidad de amar y de vivir al margen de la locura; no

fue posible sostenerse en los márgenes de la locura. La del filme será una experiencia aniquiladora para el espectador, en la medida en que no hay garantías ni para él ni para los personajes de habitar un universo deseable. Y por cierto que allí donde la construcción de un universo deseable para Léolo, para el sujeto, no es posible, el quehacer médico, el quehacer científico solo podrá interpelarle como materia (o psique) dañada susceptible de ser (si hay fortuna) más o menos reparada. De modo que si el propio relato no se hace cargo de la generación de una promesa alentadora (esta es la vía instructiva, civilizatoria, de la que hablamos) para el sujeto que habita el relato, el discurso médico será incapaz de llevarlo a cabo, pues este opera en otra dirección, luego el texto se situará en los márgenes de la tolerabilidad.

Aquí puede reconocerse el decaimiento reciente de una de las funciones específicas del relato en tanto herramienta cultural, a la par que educativa, instructiva. Pues en la medida en que la proliferación de narraciones fílmicas dotadas de cierto alicamiento, o pesimismo, o descompromiso, es un hecho, el grado de tolerabilidad al desastre (al desastre experiencial) habrá ido creciendo también en el espectador hasta llegar al desvarío de una mirada capaz de asumirlo todo, y en el extremo capaz de reclamar cada vez mayores proporciones de barbarie para conseguir, por fortuna, ser estimulada.

3. La problemática estética: propiciar la experiencia de lo sublime

Convoquemos a continuación una noción de estética manejable y aprovechable en el marco de la teorización del texto fílmico, para lo cual apelaremos a las consideraciones de Eugenio Trías al respecto:

En este escrito se quiere reflexionar sobre estos dos aforismos. La hipótesis a desarrollar es la siguiente: lo siniestro constituye condición y límite de lo bello. En tanto que condición, no puede darse efecto estético sin que lo siniestro esté, de alguna manera, presente en la obra artística. En tanto que límite, la revelación de lo siniestro destruye ipso facto el efecto estético. En consecuencia, lo siniestro es condición y es límite: debe estar presente bajo forma de ausencia, debe estar velado. No puede ser desvelado. Es a la vez cifra y fuente de poder de la obra artística, cifra de su magia, misterio y fascinación, fuente de su capacidad de sugestión y de arrebató. Pero la revelación de esa fuente implica la destrucción del efecto estético. El carácter aparental, ilusorio (que a veces se llega a considerar fraudulento) del arte radica en esta suspensión. El arte camina a través de una maroma: El vértigo que acompaña al efecto estético debe verse en esta paradójica conexión. Por cuanto lo bello linda lo que no debe ser patentizado, es lo bello “comienzo de lo terrible que todavía puede soportarse”. Por cuanto lo siniestro es “revelación de aquello que debe permanecer oculto”, produce de inmediato la ruptura del efecto estético.

El interés por examinar esta cita de Trías es doble, pues se trata de extraer una noción de efecto estético, al tiempo que reconocer la lógica de una dialéctica que moviliza toda obra de arte, incluida la obra cinematográfica. Y bien, como puede advertirse, Trías habla de efecto estético como algo que se desprende de la dialéctica siniestro/bello, intrínseca a la obra de arte, insistimos, y por ende, a la obra cinematográfica. Para Trías la presencia de lo bello constituye el límite, y en esa medida la gestión (simbólica, metafórica, al tiempo que esópica, entendemos) de

algo que no debe revelarse abiertamente, en toda su contundencia: lo siniestro. Obsérvese que lo bello en tanto elemento de gestión textual, constituye un operador imprescindible al servicio de la experiencia estética, en la medida en que actúe como elemento de velado, y vedado, de eso que debe permanecer oculto, actuando así en el orden de la visibilidad y en el orden de la contención de lo que debe o no-debe manifestarse, aflorar. En esa certeza, absolutamente arrebatadora para el sujeto, de que tras lo bello (velo) se encuentra lo siniestro, comienza a saberse de la experiencia estética. En palabras de Trías: “Desde estas consideraciones cobra toda su significación el aforismo de Rilke: lo bello es el comienzo de lo terrible que los humanos podemos soportar. Y ese comienzo nos aventura, como tentación, hacia el corazón de la tiniebla, fuente y origen, feudo de misterios, que debiendo permanecer ocultos, producen en nosotros, al revelarse, el sentimiento de lo siniestro”.

Ahora bien: ¿Cómo opera lo bello en el texto que denominamos “cine de discapacitados”? ¿Y cuál es la relación de la función estética con la función educativa cuando ambas comparecen en dicho texto? Es ahora cuando lo bello se manifiesta como una categoría formal limitada, en tanto apunta apenas a la presencia en el texto de ciertos cánones de belleza reconocibles, categoría que conviene trascender. Será de la mano del propio autor que podamos trasladar la cuestión de lo bello hacia la cuestión de lo sublime, entendido este como presencia (y añadiremos: acción, acto o palabra) que no necesariamente se ajusta a un canon de belleza dado.

Pero antes de continuar con el desarrollo de la cuestión de lo sublime, introduzcamos brevemente otra cuestión, la relativa a lo siniestro, eso que constituye una amenaza porque la aproximación a ello pudiera resultar intolerable para el sujeto. Lo siniestro tendrá que ver (siguiendo con la lectura del autor) con la materialización de cierta fantasía inconsciente (diríase inconfesable) y en tanto tal temida. Así, parece producirse en lo real una confirmación de fantasías que fueron refutadas por el choque del sujeto con la realidad en su proceso de maduración. Consecuentemente, en la articulación entre lo sublime y lo siniestro tendríamos que lo primero comparece como ese rostro familiar, reconocible, armónico, de algo que puede ser portador de secretos (temidos) que olvidamos por represión.

Lo que Trías nos propone es, después de todo, que en la articulación entre lo sublime y lo siniestro se encuentra una metáfora experiencial, la que corresponde a la experiencia constitutiva del sujeto humano, en virtud de la cual lo más inquietante entonces, en los comienzos, en el origen, pudo ser enmascarado en el sentido e adoptar o incorporar la máscara social, y ahora (cuando la obra de arte así lo permite) puede ser convocado y a la vez sublimado en los términos de un proyecto estético, gracias a cierto aparataje textual capaz de llevar a cabo una gestión simbólica, en tanto reproduce los condicionamientos fundadores de lo humano, y capaz de llevar a cabo una gestión formal, en tanto se haya dotado de toda una serie de figuras amables facilitadoras de la relación con lo más temido. La función de la obra artística será, entonces, la de convocar algo inquietante para tejer sobre él un principio de sublimación, esto es, de normalización (de legalidad) y de

imagnarización (de deseabilidad), a todo lo cual denominaremos experiencia estética. No obstante, la obra artística articulará múltiples formas de acometer este paradigma, en esencia: apartándose de él o acercándose a él, esto es, evacuando o escribiendo con literalidad su cifra, sus condiciones, su estructura... si bien añadiremos con Trías que la obra de arte, si es tal, hace residir su vitalidad y su utilidad en la reproducción del paradigma de generación de lo humano, favoreciendo así la experiencia estética: un principio de normalización por la vía de lo sublime de aquello que resulta difícil de tolerar al sujeto, y es aquí donde, precisamente, se reconoce la tarea instructiva, civilizatoria, del arte.

Adviértase, resituando la cuestión que nos atañe, que no nos planteamos cuál sería desde el punto de vista clínico o desde el punto de vista de la construcción de la realidad social (que compete, en gran medida, a los medios de comunicación y, más ampliamente, a las industrias culturales, entre las que se encuentra la cinematografía), el mejor modo de abordar la presencia de la discapacidad y su visualización en el cine; sino que nos preguntamos por la operatividad para el sujeto, desde el punto de vista experiencial, de rozarse con un determinado proyecto estético cinematográfico, y si va en ello implícita una tarea civilizatoria, culturalmente instructiva y, en sentido amplio, educativa. Nos preguntamos si en esa dialéctica intrínseca a toda obra de arte, que convoca lo inefable, para escribirlo y sublimarlo, gestionarlo simbólicamente, metafóricamente, estéticamente (que será una gestión planteada para leerse en clave subjetiva), hay una tarea socializadora en la que se ve afectada la discapacidad.

4. La discapacidad como referente del relato: conclusiones

Consideraremos, desde el ámbito específico de la teorización del texto, que el referente será aquello alrededor de lo cual todo se dispone, literalmente, en el texto. El referente será un lugar común a todo texto, que cabría definir como desafiante del orden (lógico) y del sentido, y por eso siempre constituye un avatar indeseado dentro del buen devenir narrativo y/o discursivo. El referente será aquello que, por sobrevenir de modo imprevisible, azaroso y violento, requerirá todo un trabajo de escritura, de gestión, en torno suyo, o en buena lógica estética, todo un trabajo de sublimación.

Pues bien, ¿cómo relacionar la cuestión de la discapacidad con la cuestión del referente? No se trata de afirmar que la discapacidad, cuando se convoca, es el paraje de referencia del relato, pero lo que sí puede sostenerse es que con la figura del discapacitado emerge en el horizonte visual del espectador, en muchos casos, la presencia del cuerpo humano al margen o desprovisto de cierta imaginera. Emergerá, entonces, el cuerpo sin gestalt, no investido por los abalorios que, por ejemplo, los textos publicitarios acostumbra a poner en escena. No es posible la mascarada o el enmascaramiento de la materia, de eso el cine de discapacitados no participa, lo que emerge en su caso es el cuerpo-todo-materia, y en este sentido diremos que, en la medida en que lo real del cuerpo está, en la medida en que la materia del cuerpo se hace presente en ausencia de cualquier operación de borrado

de la misma, la presencia de la discapacidad estará más cerca del referente que otras presencias.

Examinemos a continuación un fragmento de *León y Olvido* (Xavier Bermúdez, España, 2004), en el cual el protagonista masculino, León (Guillem Jiménez), un joven con síndrome de Down, define su deficiencia, a la que llama “el síndrome”, como algo azaroso: mellizo de Olvido (Marta Larralde) fue a él a quien tocó cargar con el síndrome, aunque podría haber sido ella la elegida. El referente del relato no es, sin embargo, su discapacidad, sino la imparable, inacotable e inagotable pulsión de muerte que atraviesa todo el filme, y que instala todas las relaciones humanas, todos los actos, todos los propósitos, en el sinsentido abocándolos al fracaso. Ahora bien, también la discapacidad de León forma parte directamente de ese sinsentido, de esa evacuación del principio de causalidad que afecta al filme, de ahí que podamos decir que la discapacidad de León está polarizada por el referente del relato: la pulsión de muerte, eso que, sin causa determinable, o por infinitas causas, una vez desatada, origina toda la trama.

Caben, por otra parte, diversas formas de abordar el referente en el ámbito cinematográfico: una de las cuales puede definirse como pesimista, la cual vendría a alimentar las ansias desenfrenadas de la mirada (del espectador) de acercarse lo máximo posible al referente, para acometerlo en estado puro, en ausencia de cualquier velo que lo tamice y gestione.

Cabe reconocer la consideración precedente a través de una secuencia de *El hombre elefante* (David Lynch, EE.UU., 1980), donde todo gira alrededor del vértigo de mirar la materia deforme y de constatar la imposibilidad de cualquier elemento de mediación, de velado, pues el texto no lo ha generado, entre dicha materia y el observador: es imposible operar con algo tan horrendo, he ahí la postura pesimista, y por el camino se desencadena el goce de vulnerar el derecho al velo de un sujeto que, en ausencia de tal mediación, se sabe extremadamente frágil ante la mirada ajena, una mirada impúdica, pornográfica, desoladora. Ello se pone de manifiesto especialmente en el encuentro de Anne (Anne Bancroft) con John Merrick (John Hurt), el hombre elefante, instante donde todo se juega en el plano de la mirada, de manera que ella quedará impresionada, calcinada su retina, ante el grado de desfiguración (desantropomorfización) del hombre elefante. De ahí que cuando ambos se quedan solos en la estancia que ocupan, se produzca un gesto de caída de los párpados de Anne, un gesto no tanto pudoroso como de negación de lo contemplado, el gesto que evidencia lo insoportable de la presencia del ser deforme, y ello apunta directamente al registro referencial del relato, no otro que la desoladora experiencia de soledad, de marginalidad que (se) vive (a través de) el personaje discapacitado.

Este tipo de cine construye una relación eminentemente escópica con el referente, emplazando una mirada, en palabras de Luis Martín Arias, centrada y omnipotente, que responderá al deseo de querer verlo todo en las mejores condiciones posibles, máxime si el horizonte visual está poblado por lo monstruoso; una mirada dispuesta,

decidida, siempre a que algo la azote con brutalidad, algo que emerja en el texto súbitamente para quebrarla, algo que se torne intolerable (y es en esta esfera, en la de lo intolerable, que se situará también la presencia de la discapacidad), pues esta será una mirada abocada al horror, en la medida en que toda posibilidad de gestión o de reconciliación o de sublimación de la materia desprovista de imaginación habrá sido evacuada. Probablemente un síntoma cultural, pues en nuestra contemporaneidad se percibe la gestión, la sublimación, de lo referencial como impostura.

No obstante, pueden reconocerse otros modos posibles de gestión del referente en el cine, más optimistas. En el siguiente caso, la discapacidad estaría vinculada a un referente gestionado, sublimado, luego sujeta también a una tarea que otorga al sujeto discapacitado cierto lugar en el texto, y con ello, su parcela propia en el campo de la deseabilidad. Desde esta perspectiva puede reconocerse la reclamación, la exigencia de Olvido, de nuevo en el filme *León y Olvido*, aun cuando torpe por rotunda, por no admitir matices, por hacerse al margen de ciertas garantías para el discapacitado. Esta puede apreciarse especialmente en dos escenas: en la primera de ellas León hace la cena para su hermana y para él, previo a esto Olvido de malos modos le hace saber que nada está garantizado, en concreto el sustento, si nadie se hace cargo de ello. Más adelante, en la misma secuencia, León decide hacer la cena, si bien como podrá apreciarse, el resultado (planteado en tono de comicidad) señala la necesidad de que se le oriente. No obstante, el hecho es que León es emplazado una y otra vez a resolver las tareas de supervivencia, aún cuando el tono que adopta el texto será de condescendencia con ese a quien se le reclama autonomía. Y así, tanto más resulta imposible la autonomía absoluta, tantas más tentativas se registran en el filme de hacerla posible, tal como se evidencia, de nuevo, en otra secuencia en la que Olvido, tras dejar a su hermano en casa, disfruta de un instante de ocio que, sin embargo, se verá cercenado por el hecho de que, de pronto, aparezca León en mitad de la noche, buscándola, como un niño desvalido busca a sus progenitores. En el rostro de Olvido se reconoce el más severo de los reproches (por otra parte comprensible en la lógica laxa que adopta el relato postclásico); en cuanto a León, su gesto (que se quiere infantil) puede leerse en clave de llamada de atención, al tiempo que de llamada de auxilio.

Estas dos formas, aunque ligeramente diferenciadas, de abordar el referente cinematográfico, tienen en común que acusan un determinado déficit: su incapacidad para gestionarlo a través de una gesta simbólica, heroica, metafórica y, en esa medida, civilizatoria, instructiva, deseable. Y así, una vez que el cine se ha instalado en el más absoluto verismo, ha abandonado uno de los cometidos primordiales del arte, que no será tanto el de nombrar lo que es, lo que existe, lo que define e integra la realidad que habitamos, sino el de nombrar aquello que, con independencia de todos los condicionantes, debiera ser, debiera existir, debiera darse. A diferencia de ello, todavía el filme clásico se dotaba de gestas, como es el caso de *Los mejores años de nuestra vida*, donde el amor comparece como eso que garantiza el compromiso sin paliativos, de ahí que el enlace sea una gesta en virtud

de la cual Homer, ahora desprovisto de sus manos, con absoluta decisión y contundencia decide pasar su etapa de cenizas, procurando que la cicatriz se extienda de una vez sobre la herida; un recorrido que ha hecho deliberadamente en solitario, encarando la vida con arrebatadora valentía.

Bien diferente, situándose a sí en un extremo opuesto, será lo que suceda en otro filme, *Las tortugas también vuelan* (Bahman Ghobadi, Irán/Irak, 2004), en el cual, aún cuando la gesta se convoca y tiene lugar, así, Kak Satellite (Soran Ebrahim), un chico habitante de un campamento de niños huérfanos en el Kurdistán iraquí, junto a un chico mutilado, Hangao (Hireh Feysal Rahman), intentan salvar inútilmente al sobrino de este último, Rega (Abdol Rahman Karim), un niño invidente hijo no deseado de su hermana pequeña Agrin (Avaz Latif), pues ha sido fruto de una violación, el cual finalmente yacerá ahogado por su propia madre en el fondo de una charca. No se habrá podido evitar el desenlace, he ahí el pesimismo del cine más reciente, he ahí el drama de la impotencia más absoluta frente a los embates del azar, frente al acto parricida, frente a lo que acontece sin más. Y así, nada tan desolador como el último plano, en el que Hangao desaparece entre la masa de soldados que asedia el campamento, radicalmente ajenos al drama de un chico que deambula solo, destrozado, desamparado, y para quien ningún futuro deseable habrá podido ser escrito.

Estos dos últimos filmes, en la medida en que ambos se oponen, nos sitúan frente al problema nuclear del texto cinematográfico, introduzca o no la figura del discapacitado, que será el de la fundación de sentido, esto es, que la tarea estética, la tarea de sublimación, la tarea simbólica, sea tal que tenga como resultado la conformación del texto como ámbito de sentido para los sujetos, aquellos que habitan el texto y aquellos otros que asisten a su despliegue. Se trata, pues, de que el texto artístico funde (en ello radica su tarea civilizatoria, instructiva) una parcela de sentido para el sujeto, para que sea literalmente experimentado por el sujeto, no es otra cosa la experiencia estética. Y es ahí donde la discapacidad podrá ser pensada como otra cuestión que un sinsentido, una pirueta azarosa de la vida, un malogro, luego como una amenaza, en la medida en que se la dote de sentido en la experiencia subjetiva del texto y, más ampliamente, en la experiencia social. Dotarla de sentido, esto es, acometerla, abordarla, darle un lugar, para hacerla manejable, para operar humanamente con ella, para operar de un modo deseable con ella.

🕒 Vida salesiana

Cuando la vida se hace... mirada y espera

Carlos Rey Estremera³

Concluí mi último articulito, estimado lector, sin responder a la problemática suscitada en él. Lo hago hoy. Conviene pues, que releas aquel antes de leer este.

El tercer aspecto al que allí me refería es LA ALEGRÍA POR EL DON RECIBIDO. La alegría que procede de conseguir o conquistar algo, es muy diversa de la que proviene de sentirse mirado, cuidado, guiado, amado.

La primera, fruto del propio esfuerzo, refleja la propia capacidad y refuerza la autoestima, pero corre el riesgo de engreír, ensoberbecer y creerse grande y fuerte, lo que solo es verdad relativamente. Su fuente es uno mismo, dura lo que dura el triunfo y cesa con la frustración, necesitando alimentarse de nuevos triunfos o conquistas para renovarse y permanecer.

La segunda exige, para darse, de un mínimo de autoestima combinada con la experiencia del propio límite. Esta mezcla, tan propia de la condición humana, hace a la persona humilde y le capacita para abrirse y recibir de otros lo que necesita para vivir y no puede darse a sí mismo.

LA ALEGRÍA POR EL DON RECIBIDO no tiene su fuente en uno mismo, sino el otro; no se basa en la fuerza que conquista, sino en la debilidad que acoge; no es autosuficiencia, sino experiencia de salvación; no muere, sino que permanece, se reactiva y actualiza; su alimento es tanto dar como recibir, y cuando se desarrolla y crece, se hace fuente de vida para uno mismo y los otros.

Esta alegría, accesible a cualquier persona a nivel humano natural, es esencial en la relación del hombre con Dios. Quien ha tenido la experiencia de verse salvado de alguna situación sin salida, tiene en sí mismo la fuente de la verdadera alegría. Quien no la tiene, aunque viva bien, se pierde lo mejor.

Esta es la alegría que reflejan los personajes del artículo anterior. Y en todos ellos surge de sus mismas experiencias dolorosas o dramáticas. Observa.

³ Texto inédito para Forum.com.

En la Biblia

Es en la situación sin salida del salmista, donde nace su alegría por el don recibido:

Me envolvían redes de muerte, me alcanzaron los lazos del abismo, caí en tristeza y en angustia /// EL SEÑOR FUE BUENO CONMIGO: ARRANCÓ MI ALMA DE LA MUERTE, MIS OJOS DE LAS LÁGRIMAS, MIS PIES DE LA CAÍDA (SAL 114).

Es en el drama de Ezequías, enfermo de muerte, donde surge su alegría por el don de su curación:

Tejía yo mi vida y me cortan la trama. Día y noche me estoy acabando. Pío como una golondrina, gimo como una paloma. /// ME HAS CURADO, ME HAS HECHO REVIVIR, LA AMARGURA SE ME VOLVIÓ PAZ, CUANDO DETUVISTE MI ALMA ANTE LA TUMBA VACÍA Y VOLVISTE LA ESPALDA A MIS PECADOS (Is 38, 10-20).

Es en la soledad y angustia del creyente, donde se genera su esperanza en Dios, a quien conoció en otros tiempos:

Las lágrimas son mi pan noche y día. ¿Por qué estoy tan acongojado y turbado? /// ¿POR QUÉ TE ACONGOJAS, ALMA MÍA, POR QUÉ TE ME TURBAS? ESPERA EN DIOS, QUE VOLVERÁS A ALABARLO (SAL 41).

Es en el abandono de Dios y el rechazo por todos, que se reactiva en el creyente su primera experiencia de Dios:

Soy un gusano, no un hombre. Soy como agua derramada; mi corazón se derrite; mi garganta está seca como una teja, la lengua se me pega al paladar. /// TU ME SACASTE DEL VIENTRE, ME CONFIASTE A LOS PECHOS DE MI MADRE; DESDE EL VIENTRE MATERNO TÚ ERES MI DIOS (SAL 21).

En la vida

Simone Weil (1909-1943), que compara al desdichado a un “gusano medio aplastado que se retuerce por el suelo”, hace ver que Dios puede hacerse presente en la misma desdicha. Con una doble condición: que el sufriente se esfuerce en amar y permanezca orientado hacia Él:

En medio de la extrema desdicha el hombre se debate como una mariposa a la que se clava viva con un alfiler sobre un álbum. Pero en medio del horror puede mantener su voluntad de amar...

Quien permanece orientado hacia Dios mientras está clavado, está ya clavado en el centro mismo del universo..., que es Dios. Por esta dimensión maravillosa, el alma puede llegar a la presencia de Dios⁴.

⁴ WEIL, SIMONE, *Escritos esenciales*, Santander, Sal Terrae 2000, p. 68-69.

Esa fue, exactamente, su experiencia:

Durante todo este tiempo (12 años) de mucho dolor y sufrimiento, en el que durante semanas me pregunté con angustia si morir no era para mí el más imperioso de los deberes, la palabra «Dios» no tenía lugar alguno en mis pensamientos, hasta el día en que ya no pude rechazarla. En un momento de intenso dolor físico, mientras me esforzaba en amar, sentí –sin estar de ningún modo preparada- una presencia más personal, más cierta, más real que la de un ser humano, inaccesible tanto a los sentidos como a la imaginación, análoga al amor que refleja la sonrisa de un ser amado. Desde ese instante, el nombre de Dios y el de Cristo se han mezclado de forma cada vez más irresistible en mis pensamientos⁵.

En Don Bosco

Es el teólogo Borel quien, durante el dramático periodo del Oratorio itinerante (12-1844 a 04-1846)⁶, hace una lectura creyente del continuo ir de un sitio a otro al ver, en los pequeños avances de cada etapa, “gracias del Señor, a modo de eslabones de una cadena, que pre-anuncian y aseguran otras mayores” (MO 104)⁷.

Toda la narración sobre los inicios del Oratorio, y en ella el sencillo pero denso discursito sobre las coles, refleja bien lo que ya dijimos: que la alegría de Don Bosco por la casa Pinardi tuvo a Dios como su fuente, se dio en el contexto de su propia debilidad e impotencia, permaneció en el tiempo y se reactivó y actualizó cuando quiso “darnos a conocer cómo Dios mismo guió siempre todos los sucesos” (MO 5), siendo para nosotros, todavía hoy, fuente de vida.

1ª - En el mismo drama o dolor, el don

Las coles, queridos jóvenes, si no se trasplantan, no se hacen grandes y hermosas. Digamos lo mismo de nuestro Oratorio. Hasta ahora ha ido pasando de sitio en sitio; pero en cada lugar en que estuvo, logró siempre un notable incremento, ayudando no poco a los jóvenes que lo han frecuentado. San Francisco de Asís lo vio empezar como un catecismo y algo de canto. Allí no se podía hacer más. El Refugio propició una parada -como hacen los que van en tren-, con el fin de que nuestros jóvenes no careciesen, en aquellos pocos meses, de la ayuda espiritual de las confesiones, el catecismo, las pláticas y las amenas diversiones.

En el Ospedaletto comenzó un verdadero Oratorio. Parecía que habíamos encontrado la auténtica paz, un lugar adecuado para nosotros, pero Dios dispuso que saliéramos de allí para venir aquí, a San Martín (MO 103-104).

⁵ Ib. p. 49-50.

⁶ MO 97-122.

⁷ El discurso se da en el traspaso del Ospedaletto a S. Martín de los Molinos. Altero el texto original por brevedad y para actualizar el lenguaje.

2ª - Dios cuida y enseña a confiar

¿Permaneceremos mucho tiempo? Lo desconocemos, pero estamos convencidos de que nuestro Oratorio, como las coles trasplantadas, crecerá.

¿Pasaremos aquí mucho tiempo? No nos preocupemos por ello; pongámonos en las manos del Señor, que él cuidará de nosotros. Sin duda, Él nos bendice, ayuda y protege. Él pensará en un lugar conveniente para su gloria y nuestro bien. Lo que sí sabemos es que las gracias ya recibidas del Señor forman una especie de cadena, de modo que si aprovechamos las ya recibidas podemos estar seguros de que Dios nos concederá otras mayores... hasta alcanzar la patria feliz de la misericordia del Señor.

Un detalle importante: la “patria feliz” es tener la experiencia “de la misericordia del Señor”, o como antes ha dicho, “un lugar conveniente para su gloria y nuestro bien”. No es el proyecto alcanzado, sino el mismo Dios.

3ª - La alegría del don recibido

Borel habla, al inicio de la cuarta, de tres etapas pasadas. Habrá otras tres hasta la casa Pinardi, final de la sufrida itinerancia. Será entonces cuando el tono dolorido de Don Bosco cambie, adquiriendo un aire festivo y gozoso.

En este punto vemos un Bosco desbordante de alegría que “corre, reúne a los jóvenes y les da la noticia a gritos”: “Ánimo, ya tenemos, tendremos, iremos”, a lo que unos responden corriendo y saltando, otros quedándose pasmados o voceando, y todos conmovidos y llenos de profunda gratitud”. La escena acaba en una plegaria de agradecimiento. El cambio es total (MO 122).

Como en los textos bíblicos y en la vida de Simone Weil, también en Bosco el don de Dios se da en el mismo drama vivido, produciendo Vida Nueva.

¿Y el título?

Personajes, épocas y contextos muy diversos, pero con una misma experiencia, reflejan la dinámica salvadora de Dios en el Calvario, centro del mensaje cristiano: en la muerte de Jesús, el don de la Vida del mismo Dios.

Llegado a este punto, te preguntarás, estimado lector: ¿por qué el título de este artículo, si nada de lo dicho se refiere a él? Porque es el punto de llegada.

Quien tiene la experiencia de la ALEGRÍA POR EL DON RECIBIDO, tiene la fuente de una felicidad permanente, sutil y discreta, sensible a los detalles de Dios y de los otros, susceptible de crecer, atenta al prójimo y dispuesta a dar gratis lo recibido gratis. Quien no la tiene, le falta lo mejor, la guinda del pastel, la Vida plena que Dios quiere darnos.

Tanto si vives un buen momento en tu vida, como si estás en un periodo de crisis, incertidumbre, enfermedad, u oscuridad...; tanto si sientes a Dios presente como si no, puedes aprender a hacer de tu vida MIRADA Y ESPERA.

CUIDA TU MIRADA: “Estamos clavados al suelo, libres tan solo para orientar la mirada... Depende de nosotros el conservar o no los ojos orientados hacia Dios en medio de las sacudidas (S. Weil). “Señor, salva mi vida”, “Señor, sálvame”, “Señor, no te quedes lejos” (Biblia) “Dadme a conocer, Dios mío, lo que debo hacer” (Don Bosco).

ESPERA Y CONFÍA: tanto los autores bíblicos como S. Weil y Don Bosco, hablan a posteriori. Todos ellos dejan claro cuál fue su punto de partida: una situación sin salida, y de llegada: la alegría por el don de la salvación. Sus procesos, tan variados y algunos tan largos, les prepararon y enseñaron a confiar y esperar.

Vivir así, corresponde a la grandeza del hombre y es lo propio del creyente.

Testigos de Dios en el claroscuro de la vida En el claro-oscuro de un cambio cultural...

Miguel Ángel Calavia

Ya lo dijo el Concilio Vaticano II: *El género humano se halla en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero* (GS, 4). Algunos hablan de *cambio de época*. Semejante diagnóstico, formulado en nuestras comunidades en los años 60, nos parecía un tanto académico, quizás porque las manifestaciones de este cambio todavía estaban latentes o solo aparecían en torno a personas y acontecimientos muy concretos. Hoy no podemos decir lo mismo: nuestras comunidades, y los hermanos que las forman, son testigos de que estos cambios nos afectan personal y comunitariamente, y no acabamos de integrarlos en nuestra vida y misión.

Este cambio suele identificarse con el paso de la *Modernidad* a la *Postmodernidad*; palabras que ya no son familiares, incluso pueden parecernos tópicas. No es infrecuente escuchar en nuestras comunidades la afiliación a un tipo u otro de contexto cultural. Una afiliación reflejada en las conversaciones y tertulias entre los hermanos, con intenciones y tonos a veces de broma (los mayores serían los modernos y los jóvenes los postmodernos!); pero también, lo que es más serio, en la manera de vivir la fe y la vida religiosa, y en la manera de encauzar la misión educativo-pastoral entre los jóvenes.

Esta diversidad cultural vivida en el interior de nuestras comunidades y en nuestros ambientes es también el *claro-oscuro* de la vida en el que somos invitados a ser testigos de Dios.

Manifestaciones de este cambio

No debemos quedarnos con el significado tópico y genérico de las palabras, porque entonces apenas nos afectan e interpelan. El cambio en el que estamos inmersos afecta a los tres indicadores que normalmente se utilizan para analizar un momento cultural: el ámbito del *pensamiento*, la visión de la *historia*, y los criterios *éticos* que presiden el comportamiento humano. No es el lugar para extendernos en este triple análisis, pero sí vale la pena presentar en forma de síntesis lo que este cambio conlleva.

a) El cambio cultural en el ámbito del *pensamiento* podría formularse así: de la razón ilustrada, como explicación y criterio únicos de ver e interpretar la realidad (Modernidad), hemos pasado al pensamiento “débil” y a la primacía del instinto y el sentimiento (Postmodernidad). Y en medio un proceso de desenmascaramiento y juicio a una razón meramente instrumental, al servicio del poder, de la producción científico-tecnológica, de la burocracia del Estado y de la absolutización del individuo, haciendo de éste una persona controlada, austera, trabajadora, lanzada a dominar el mundo.

La cultura ha salido de este proceso en las últimas décadas del siglo XX con unas manifestaciones de las que todos somos testigos: Lo importante es “vivir”, y “disfrutar” de “lo vivido”. La acción y el instinto han suplantado a la lógica y la razón. El pensamiento se ha vuelto “débil”, camina en un “vagabundeo incierto” (Vattimo), y se presenta con perfiles difusos e indeterminados, lejos de las seguridades de otros tiempos. Como dicen los postmodernos, la *ameba*, sensible al estímulo de turno, ha suplantado al *mapa*, como símbolo de lo estable e inmutable, y el *gorrión sobre el tejado*, en continuo movimiento, ha quitado el protagonismo a la mirada fija y omnipresente del *búho de Minerva*.

Y no hay que preocuparse por vivir en esta fluidez e indeterminación. En todo caso, si hay que apoyarse en algo, ahí está la tecnología que unifica los criterios y formas de vida de las personas y los pueblos.

a) El cambio cultural afecta también a la manera de ver e implicarse en la historia: Si la construcción de la historia se veía como tarea de todos, y con la utopía por delante, ahora nos hemos instalado en las pequeñas historias de cada día, con la preocupación por los propios reductos o fragmentos, y casi siempre a corto plazo. En ello han influido la crisis y ocaso de las grandes ideologías y de los grandes relatos (también religiosos!), portadores de sentido a largo plazo.

Ha entrado en crisis el convencimiento de los ilustrados de que la razón y el progreso científico, económico, cultural y político, con sus reclamos constantes al trabajo y al esfuerzo, incluso hasta el sacrificio, harían posible una sociedad más perfecta y feliz. Somos testigos de la crisis u ocaso de las grandes ideologías, y de la merma de la utopía que éstas encerraban: Ya hemos visto como ha acabado el Marxismo (!). Y ahí están algunas consecuencias del Neo-Capitalismo: el paro, las nuevas formas de pobreza y exclusión, la brecha cada vez mayor entre Norte-Sur, la inflación...

Y tampoco la *vida personal* se ha librado de la quema: Enfermedades nerviosas, la ansiedad y sus consecuencias, los negocios de soledad (sexo, masajes, relax...), etc.

Ante este panorama, no es extraño que se hable del fin de la construcción de la Historia como utopía y tarea de todos. Y es comprensible la reacción: refugiarse en el ámbito personal o familiar, y preocuparse de lo que nos afecta de forma más o menos inmediata.

c) Y también en el ámbito de la ética el cambio es notable: de los valores absolutos y “para siempre” de tiempos pasados, para construir la persona y la sociedad; aceptados por todos, y propuestos sin dificultad por padres y educadores, hemos llegado al subjetivismo ético y a la búsqueda de una “ética mínima” consensuada. Y en medio una ética individualista del disfrute “aquí y ahora”, del “depende” (de la situación y la estadística), de la apariencia y la seducción, del contrato temporal en las relaciones afectivas y también en la vida religiosa; con la consiguiente merma de criterios objetivos sobre lo que es importante o no, ético o no, bueno o malo...

Aunque también es verdad que esta crisis de criterios y normativas universales, ha favorecido el interés por las micro-políticas, por acciones en ámbitos reducidos (Voluntariado, ONGs...), que anticipan un futuro mejor. Futuro que garantice el desarrollo global de la persona, una sociedad más humana y un mundo más habitable.

TESTIGOS DE DIOS en el claro-oscuro de este cambio cultural

Este cambio nos afecta como comunidad en la comprensión y vivencia de nuestra fe y de nuestro carisma salesiano. No se trata de añorar tiempos pasados (que no volverán...) sino de situarnos lúcidamente y críticamente en esta cultura plural y ambigua, y preguntarnos e imaginar cómo ser testigos convencidos y creíbles de Dios y del Reino.

- Frente a la imagen de un Dios conceptualizado, controlado o “domesticado”, tenemos el reto de vivir y hablar de Dios como una *presencia personal y viva*, que nos sorprende en cada momento de nuestra vida, y nos invita a vivir el camino de la fe desde la confianza y la gratuidad. Es distinta la actitud del creyente que mira a Dios como un “objeto de fe”, y del que lo ve como “*persona en quien se cree*”

- Frente a una relación superficial u ocasional con Dios, como un elemento más junto a otros que presiden nuestras vidas, estamos llamados a ser testigos de un Dios, *centro unificador de la persona*, que recrea nuestra vida hacia dentro y hacia fuera, abriendo en ella posibilidades y dimensiones insospechadas.

- Frente a una fe intimista y privada, o vivida solamente desde el registro sentimental, somos llamados a ser testigos de un Dios que se manifiesta *en y desde la historia*, contemplado y experimentado en medio de los sencillos y de los pobres, el único lugar donde no puede manipularse su imagen; y nos compromete en la transformación evangélica de la realidad.

- Frente a la concepción de un Dios, celoso o incluso opuesto al progreso del hombre y de la historia, estamos llamados a ser testigos de un Dios que invita al hombre a crecer y cuidar el mundo, como responsable y continuador de la obra creadora de Dios; integrando en su vida de fe los valores humanizadores de cultura (libertad, autonomía, deseo de felicidad, progreso auténtico...)

- Frente al intento de “ganarse” la salvación (la utilidad de la modernidad!), o vivirla desde la reivindicación o la meritocracia, somos llamados a ser testigos del encuentro con Dios, vivido como *gracia* y como *don*, lejos de todo intento de manipulación en función de intereses personales (psicológicos o sociológicos). Pero un *don* asumido de forma personal y responsable, como instrumentos que somos de su amor y salvación en el mundo, especialmente para los jóvenes

- Finalmente, frente a una fe reducida a hablar *de* Dios, o preocupada casi exclusivamente por la aceptación y salvaguarda de las formulaciones dogmáticas, es urgente que seamos testigos transparentes de Dios en el día a día, como *cimiento* que da seguridad a nuestra vida y como *futuro* que nutre nuestra esperanza. En definitiva, testigos de Dios como Salvación última y definitiva, en medio de tantas ofertas y reclamos ambientales...

Para la reflexión personal y diálogo de la comunidad

1. *¿Somos conscientes, personal y comunitariamente, de que el cambio cultural pone a prueba la autenticidad de nuestra fe y nuestra capacidad de ser testigos visibles y creíbles de la primacía de Dios? ¿O vivo mi fe al margen de los nuevos contextos socio-culturales?*
2. *¿Qué perfiles de la nueva situación cultural están influyendo, de manera positiva o negativa, en nuestra vida cristiana y salesiana?*

🎯 Pastoral juvenil

Pastoral de la alegría, el efecto mariposa⁸

María Ángeles López Romero (21rs)

No hace falta ser joven ni experto en pastoral juvenil para conocer que este sector de la pastoral, a pesar de los muchos esfuerzos que se le vienen consagrando y los valiosos proyectos que ha suscitado, pasa por la misma profunda crisis que padecen la acción pastoral y la vida misma de la Iglesia en su conjunto.

1. Rastreado la Verdadera alegría

*La palabra **alegría** deriva del latín *alicer* o *alecris*, que significa “vivo y animado”.*

Vivos estamos, mientras no se demuestre lo contrario. Al menos técnicamente. Porque hay que decir que se está produciendo ahora el fenómeno de la zombificación. Me refiero a esos muertos vivientes que deambulan por la vida sin más expresión de humanidad que ir cubriendo sus necesidades básicas. Por razones muy distintas de las que expresara Primo Levi en aquel relato extraordinario de su paso por Auschwitz titulado “Si esto es un hombre”⁹, muchos hombres y mujeres de hoy viven sin vivir plenamente. Sin poner su vida en juego. Se levantan cada día, se alimentan, consumen, acuden a trabajar, intercambian mensajes insípidos con compañeros y poco más. No hay en ellos búsqueda de sentido, implicación en la vida de los otros, chispa vital. Y sin esa chispa es bien difícil que surja la alegría.

Y no hay que remitirse a los *hikikomori* japoneses, esos jóvenes que se aíslan del mundo, encerrados con su ordenador en una habitación. En los últimos tiempos, muchas personas reducen (¿reducimos?) la vida a una pantalla, sea de móvil, de la tablet o el ordenador. Y aunque lo virtual cada vez nos parezca más real, no lo es. Esto no quiere decir que haya que estar en contra del progreso o las nuevas tecnologías. Todo en esta vida depende del uso que le demos. Y lo mismo pasa con la alegría. Aun en las situaciones más duras, como las que vivió Levi, como las que están viviendo en estos momentos los refugiados sirios o iraquíes en busca de refugio, como las que han vivido y viven tantos seres humanos a lo largo de la historia, cuando parece que no queda prácticamente rastro de humanidad y por

⁸ Texto publicado en *Revista de Pastoral Juvenil*, núm. 509, pp. 17-32. Ponencia de la XIV Escuela de Pastoral con Jóvenes (EPI).

⁹ Península, 2014.

tanto razones para la alegría, hay oportunidades de que ésta surja en su versión más verdadera, más íntima, más esencial. Curioso que en ese libro repleto de crueldad, iniquidad, sufrimiento, dolor y muerte, Levi cite 27 veces las palabras “alegría” o “alegre”.

El psiquiatra Viktor Frankl, que también estuvo en Auschwitz, escribió: “*La vida nunca se vuelve insoportable a causa de las circunstancias, sino solamente por falta de significado y de propósito*”¹⁰.

“Quien tiene un “por qué” de vivir –decía Frankl– puede soportar casi cualquier “cómo”. Y pensaba que “es posible practicar **el arte de vivir** incluso en un campo de concentración, donde el sufrimiento es omnipresente”. Curioso que hoy identifiquemos dicho “arte de vivir” con quienes se pegan “la vida padre”, no dan “palo al agua” o viven en perpetua fiesta. ¡Qué poder tienen las palabras! A los protagonistas de estos estilos de vida solemos llamarlos vividores. Y nos quejamos socialmente de que la juventud identifique diversión con alcohol y, cada vez más, con el consumo de drogas. Que se agarre a una alegría ficticia, superficial, fugaz. Pero cuando descorchamos una botella de cava o sidra todos solemos gritar ‘¡alegría, alegría!’, y si alguien lleva encima unas copas de más decimos que está ‘un poquito alegre’... No digamos cómo se llama eufemísticamente a las prostitutas: señoras de vida alegre. ¡Como si tuviera algo de alegre su condición!

Sobre todo cuando somos jóvenes, identificamos erróneamente la bebida y otras sustancias con un catalizador de la alegría. Pero sabemos bien que ésa no es una alegría verdadera. Como tampoco lo es ese estado espídico o de falsa placidez que provoca el consumo de determinadas drogas. La alegría, como la paz y la serenidad, nacen en nuestro interior y no hay sustancia que la administre externamente de forma duradera.

Estaría bien poder detectar, como si de un metal precioso se tratara, qué clase de alegría es falsa y cuál es auténtica. Pero aún no han inventado semejante artefacto. Aunque científicos españoles están desarrollando un aparato que convierte en música las emociones de personas que no pueden expresarlas por sí mismos, como los autistas. ¡Qué bello! Me gustaría saber cómo suena la alegría.

Pixar ha retratado la emoción de la alegría en la película “Del revés”. Una cinta muy instructiva y útil para quienes tienen que bregar con chavales, contribuir a su crecimiento interior y favorecer el adecuado equilibrio de todos sus mecanismos emocionales. Por ejemplo, esta película te enseña el valor y la utilidad también de la ira, el miedo, el asco ¡y de la tristeza! Pero ojo con confundir ese sentimiento con la pesadumbre, la queja y la insatisfacción permanentes en que nos hemos instalado socialmente en los últimos tiempos.

¹⁰ V. FRANKL, *El hombre en busca de sentido*. Herder, 2013.

No me refiero, claro está, al sentimiento de indignación derivado de las injusticias que ha traído o acentuado la crisis económica. Ni a la lógica desesperación de quienes más están padeciendo sus consecuencias. Me refiero a ese otro hartazgo permanente que nos ronda desde hace tiempo.

Es raro preguntar a un conocido a quien nos encontramos “¿qué tal estás?” y que te responda que está bien. No digamos ya lo que nos extrañaría si alguien nos dijera, así sin más, que es feliz. Y que se siente alegre.

Sí. Esta sociedad se queja por todo. Cada uno de nosotros nos quejamos por todo. Si tenemos trabajo: que hay que madrugar. Si eres profesor: que te echen en cara las largas vacaciones. Si te has podido ir de vacaciones: lo que te ha costado regresar a la rutina. Y nos inventamos el síndrome post vacacional... Nos quejamos hasta de cosas tan naturales como que haga calor en verano y frío en invierno.

“Te desdeñé, alegría. / Fui mal aconsejado”, escribe Pablo Neruda. Y continúa: “La luna/ me llevó por sus caminos./ Los antiguos poetas/ me prestaron anteojos y junto a cada cosa/ un nimbo oscuro/ puse,/ sobre la flor una corona negra,/ sobre la boca amada/un triste beso./ Aún es temprano./ Déjame arrepentirme./ Pensé que solamente/ si quemaba/ mi corazón/ la zarza del tormento,/ si mojaba la lluvia/ mi vestido/ en la comarca cárdena del luto,/ si cerraba los ojos a la rosa/ y tocaba la herida,/ si compartía todos los dolores,/ yo ayudaba los hombres./ No fui justo./ Equivoqué mis pasos/ y hoy te llamo, alegría”.

Lo cierto es que la alegría, y su prima hermana la felicidad, no venden, no están de moda, no queda bien mostrarlas. Es más icónico el tipo atormentado, que esconde una secreta tragedia en su vida, que no tendrá nunca motivos para decir que es feliz.

No sé si es la influencia de este tipo de personajes en el cine, la literatura o la televisión la principal razón por la que nos negamos a reconocernos razonablemente felices y por tanto mostrarnos públicamente alegres.

Más bien creo que, recordando a Viktor Frankl, hemos equivocado el propósito. Hemos llenado nuestra vida de cosas materiales que nos dejan permanentemente insatisfechos, deseosos de tener más y más, de renovar lo que tenemos y obtener el último modelo, la última moda, el último placer.

Así que da la sensación de que no se puede ser feliz si uno no tiene un buen coche y un móvil de última generación. No se puede ser feliz si uno no ha estado en El Caribe. No se puede ser feliz si no se están viviendo permanentemente aventuras excitantes y exóticas. Como si no fuera excitante y exótico, y motivo de alegría, sencillamente vivir.

Y por eso vamos por la vida apesadumbrados, insatisfechos, tristes, sin saber muy bien qué necesitamos, qué queremos, qué podemos hacer para ser felices y que esa felicidad se traduzca en alegría. Hemos perdido la brújula que marcaba el norte en la

búsqueda de la alegría y la felicidad. O se ha vuelto loca y nos orienta mal: hacia la avaricia y el deseo insaciable de poseer a costa de lo que sea. Creemos que el consumo, la adquisición de bienes materiales nos proporcionará esa alegría a la que aspiramos. Pero ese tipo de alegría, si es que llega a producirse, es pasajero, fugaz. A veces, ni siquiera es alegría, aunque lo parezca.

Si hacemos una somera búsqueda en Youtube con las palabras “anuncio felicidad”, aparecen 150.000 entradas: Desde la Coca Cola, a la Nocilla, la cerveza Heineken o los huevos Kinder, todas las marcas intentan vendernos la felicidad, asociarse con la alegría. Saben el enorme atractivo que tiene para nosotros. La fuerza arrolladora de nuestro anhelo de ser felices. Pero ya sabemos que la felicidad ni se compra ni se vende... Aunque sí podríamos preguntarnos si ésta se aloja en algún lugar concreto. Si alguien tiene la llave o el mapa secreto del tesoro.

Pablo VI, que en su exhortación apostólica “Gaudete in Domino”, vincula lógicamente la alegría a la buena noticia de la salvación, nos dice que “nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor”.

¿Está entonces la alegría alojada en el seno de la Iglesia?

2. La iglesia y la alegría

¡Claro! ¿Cómo no, si es la depositaria de la mejor de las noticias? Sin embargo, si alguien nos observa, no sé si diría lo mismo. Alegría, lo que se dice alegría, no sé si destilamos como comunidad creyente... En Occidente, claro. Porque si uno tiene la oportunidad de visitar una comunidad cristiana en África o América Latina, se encontrará con gentes que cantan y bailan, que celebran verdaderamente la vida y se llenan de más vida para salir al mundo y compartir con otros su alegría.

No sé si nuestras liturgias manifiestan la alegría que indican nuestros textos. Aunque el documento conciliar “Sacrosanctum Concilium” la favoreciera y fomentara. Hemos olvidado esa “exigencia de palabra viva y fresca que no está escrita y que tiene que brotar del corazón del momento”, en palabras del salesiano Álvaro Ginel, experto en liturgia.

Hemos optado además, extrañamente, por instalarnos en la muerte, en lugar de en la resurrección. El papa Francisco lo expresa con absoluta claridad en su exhortación apostólica “Evangelii Gaudium”: “Hay cristianos cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua”¹¹.

No hay Cristo sin cruz, nos dicen, pero ¿habría cristianismo sin resurrección? Por cierto, que en Sevilla se cuenta una anécdota muy curiosa al respecto. Unos turistas castellanos, escandalizados de la alegría de la Semana Santa sevillana, preguntaron a unos cofrades cómo podía ser aquello si Cristo ha muerto. A lo que ellos contestaron: “Hombre, es que nosotros ya sabemos que resucita”.

¹¹ EG 6.

Sabemos que resucita, sí. Otra cosa es que lo hayamos experimentado, como las mujeres que descubrieron el sepulcro vacío. Que percibamos que Cristo vive, que lo descubramos encarnado en quien sufre, en quien abraza, en quien derrocha alegría. Y cuando hablamos de encarnación hablamos de carne.

La carne es desde hace ya muchos siglos, un problema para la Iglesia. Hemos dejado el cuerpo a un lado en nuestras expresiones religiosas, y seguramente por eso se nos han vuelto tan tristes. Pero, como explica la monja benedictina M^a del Mar Albajar, “La nuestra es una religión encarnada, y esto quiere decir que la dimensión espiritual, trascendente, infinita de la vida la encontramos en el límite de la carne, de la historia, de nuestro cuerpo”.

Porque, cuando estamos alegres, se nos nota, sin necesidad de mediar palabra, en la actitud corporal. No hay más que ver las piruetas que da el personaje de Alegría en “Del revés”. Y en algo debió parecerse cuando, como dicen las escrituras, “David danzó con toda su fuerza delante de Yahveh”. (2 Samuel 6,14)

Y es que es a través del cuerpo que experimentamos los estados interiores, incluida la alegría. Hace mucho que no integramos espiritualidad y corporalidad en nuestras iglesias. Algunas prácticas como la danza contemplativa empiezan a hacerse hueco en nuestras celebraciones. Aunque aún tímidamente y soportando críticas y reticencias. Claro, que esto no es nuevo: sabemos que cuando el rey David danzó con todas sus fuerzas delante del Señor para expresar su gozo, su alegría, también fue recriminado por ello...

Igualmente, que “David y toda la casa de Israel se regocijaban delante del Señor con toda clase de instrumentos hechos de madera de abeto, y con liras, arpas, panderos, castañuelas y címbalos” (2 Sam 6,5). Y es que la música es siempre un vehículo maravilloso de expresión de la alegría. Pero, ¿qué música sale de nuestros templos, qué sintonía suena en nuestra Iglesia?

No pretendo cuestionar, ni muchísimo menos, a tantos grupos y coros que amenizan las eucaristías y celebraciones con los medios a su alcance y la mejor de las intenciones. En otros países u otras ramas cristianas, como la protestante, es más fácil hacer música cristiana y a la vez moderna y de calidad, que pueda codearse con otras propuestas musicales contemporáneas. Pero no sólo la música necesita ser remozada en la Iglesia para reflejar alegría.

En las conversaciones que la editorial PPC organizó en 2014 en torno a la *Evangelii Gaudium* y los desafíos pastorales que plantea a la Iglesia, el director del Instituto Superior de Pastoral, Antonio Ávila, recordaba precisamente que la alegría, la alegría evangélica, es uno de los principios que deben orientar la reforma de la Iglesia que reclama el papa haciéndose eco de tantos y tantas creyentes.

Para Ávila este documento “nos invita a la conversión personal a la alegría del Evangelio, pero también a hacer que cada una de las comunidades en misión anuncien con su forma de vivir que el Evangelio es portador de alegría”.

¿Por qué no ofrece la Iglesia una imagen alegre? ¿De dónde tiene que partir esa alegría? ¿En qué fuente mana? ¿Cómo

encontrarla y beber de ella? ¿Es que se ha secado esa fuente? Muchas preguntas y muy complejas. Pero el papa Francisco contesta con claridad en pocas palabras:

“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”¹².

Así que si la Iglesia no irradia alegría es porque, reconozcámoslo, no vive a fondo el Evangelio. Un Evangelio que, en palabras de Ávila, “tiene una fuerza tal que acogerlo sin reservas supone que todo se dinamita, incluso muchas de las cosas mantenidas de forma persistente en los últimos años por la misma Iglesia oficial, hasta el punto de hacer indigesto el mensaje del que se siente portadora”¹³.

A veces yo llego a preguntarme si siquiera se ha producido en algunos espacios de Iglesia un verdadero encuentro con Jesús. Porque parece imposible que se haya producido a juzgar por determinados hábitos, comportamientos y declaraciones. Pero no sólo yo me lo cuestiono. Hace poco el superior provincial de una congregación religiosa con presencia en el mundo entero me decía que igual que a los soldados se les presupone el valor, a los religiosos se les presupone la fe, pero no es así. Puedes dar un magnífico sermón pero si no te comportas bien con tu hermano, si no eres misericordioso o compasivo, ¿dónde está tu fe? ¿qué lugar ocupa el evangelio en tu vida?

Seguramente coincidiríamos en cuáles son las principales capas de hojarasca que se han ido depositando siglo tras siglo ensombreciendo el núcleo de nuestra fe. Y coincidiremos también en que hay que aventar esa hojarasca; deshacer las ataduras que nos estrangulan y abrir las ventanas para que se airee la casa y sople de nuevo el aliento de la *Santa Ruaj*; y la Buena Noticia sea recibida y entendida de nuevo, y podamos contagiar a todos la alegría del Evangelio.

Habrà quien piense que no es tan sencillo liberarse de las ataduras, tanto institucionales como personales. En cambio José Antonio Pagola, por ejemplo, tiene una receta muy sencilla: sólo hay que volver a Jesús. “Jesucristo –afirma– es esperado por muchos como una fuerza y un estímulo para existir y un camino para vivir de manera más sensata y gozosa. Si sólo conocen una religión aguada y no pueden saborear algo de la alegría festiva que Jesús contagiaba, muchos seguirán

¹² EG 1 .

¹³ “Evangelii Gaudium y los desafíos pastorales para la Iglesia”. Conversaciones PPC.

alejándose”. Y es que para Pagola “una fe que no genera en los creyentes alegría y agradecimiento es una fe enferma”¹⁴.

José Luis Cortés lo lleva más allá cuando su Dios Abba expresa en una viñeta: “Si creer en Dios no te hace feliz, deja de creer. Porque a Dios le importa más tu felicidad que tu fe”. Contundente. En ese caso, ¿no tendría la pastoral que cambiar sus objetivos? No hablo de descafeinar el mensaje para hacerlo más ligero, más digerible, sino todo lo contrario: dejar de enseñar oraciones aprendidas de memoria o buscar la conversión como adscripción formal a una fe si ésta no te compromete con tu felicidad y la de los demás. “Bueno y feliz, eso es todo”, ¿no es ésa la sagrada ley de vida, la sagrada ley de Dios?”, resume José Arregui.

De hecho, para Arregi, “el sueño primero y el mandamiento principal de Dios es la felicidad, la bienaventuranza. ¡Sed bienaventurados, sed felices!”.

Así es: la felicidad es el undécimo mandamiento. O el resumen de todos ellos. Y la pastoral tendrá que estar orientada a procurar la felicidad, de la que la alegría es su dimensión espiritual.

3. El mandamiento de la felicidad

Hace ya unos quince años se me ocurrió preguntarle si era feliz a Camila, una niña de 13 años, habitante de la favela Morro de la Candelaria, en Río de Janeiro. Y me dijo que era muy feliz, a pesar de que vivía en medio de la pobreza, la violencia y la falta de oportunidades. Y es que Camila, a sus 13 años, pensaba que “hay gente que vive peor”. Y estaba convencida, como tantos otros compatriotas, de que “Brasil es el país más bonito del mundo”. Y con sus respuestas llenas de empatía y capacidad de asombro y contemplación estaba apuntando, como todos hemos intuido siempre, algunas claves del camino correcto hacia la felicidad. La ciencia desde luego le da la razón. Los expertos afirman que “salvo casos muy extremos de necesidad o situaciones muy adversas, la felicidad depende siempre de los factores internos”.

Lucía Aragón ya lo intuía cuando organizó en el Museo de Artes Decorativas de Madrid el taller para adolescentes “¿Qué necesitas para ser feliz?”, inspirada por la exposición temporal “Diseño contra la pobreza”. En ella se había preguntado a personas sin hogar cuál era su objeto más preciado y qué era lo que más deseaban. Las respuestas fueron muy curiosas. Como la de “aquel señor que no quería leer libros porque si los perdía antes de haberlos terminado, era una catástrofe”, cuenta Aragón. “Prefería pasatiempos o relatos breves que pudiera acabar en el momento, para no depender de ellos”. Aleccionador, ¿no? ¡Y nosotros todo el día dependiendo de 40.000 cosas...!

Los autores de aquel taller sobre personas sin hogar comprobaron cómo aquellos objetos a los que nosotros no damos valor son auténticos tesoros para otras personas

¹⁴ En su comentario al Evangelio para el portal Eclesalia.

que no pueden acceder a ellos. Y a la inversa, “los objetos que te dan estatus no te garantizan la felicidad”. Pero la conclusión final es que en realidad no somos tan diferentes. Todos anhelamos lo mismo para ser felices: estar en casa con la familia o los amigos, poder charlar o ver la tele con alguien a quien quieres... Y cómo cuando vivimos con todo lo que podríamos desear, se nos olvida qué cosas son las verdaderamente importantes en la vida”.

La felicidad va de dentro afuera y nunca de fuera adentro.

¡Qué bueno sería educar a nuestros jóvenes para que vayan construyendo su propio camino en dirección a la felicidad! Sin embargo, Francesc Torralba me comentaba hace unos meses que le preocupa, precisamente, que a sus hijos (y por extensión a todos los niños y jóvenes), en la escuela, les preguntan qué quieren hacer cuando sean mayores (ser ingeniero o ingeniera, fontanero o fontanera, enfermero o diseñador de moda...) pero no quiénes son y cómo quieren ser. No les enseñamos ni les ayudamos a preguntarse por el sentido de la vida. Seguramente porque tampoco nosotros mismos lo hacemos.

Aquel día que entrevisté a Torralba, mientras esperaba a que me atendiera, pensé en diez claves o diez recetas que yo aplico en mi vida para ser feliz:

4. Recetas para ser feliz

El primer paso para ser felices (aunque el orden de los factores no altera el producto) es **vivir con consciencia**: conscientes del lugar que ocupamos en la vida, en el Universo, en nuestro entorno más cercano. Empezando por ser conscientes de quiénes y cómo somos. Porque si vivimos instalados en una ficción, de espaldas a la realidad, ajenos a lo que ocurre a nuestro alrededor, creyendo que somos lo que no somos, interpretando un personaje falso... no podremos ser felices.

Conocer a ti mismo implica **conocer tus fortalezas y debilidades**. Y por tanto aceptar tus límites. Segunda receta para ser feliz. No somos superhéroes con superpoderes al estilo de los protagonistas de Marvel. Tampoco necesitamos serlo para mejorar nuestro mundo o asumir nuestras responsabilidades como creyentes y como ciudadanos. Ampararnos en nuestras limitaciones para no hacer lo que tenemos que hacer es un error que alimenta la pereza y te satisface temporalmente, pero a la larga te vuelve profundamente insatisfecho e infeliz. Relacionado con esto está también la aceptación de nuestro cuerpo. Algo que no estamos gestionando bien en los últimos tiempos, intimidados por modelos hiperexigentes impuestos por los medios de comunicación, el cine, la moda, el deporte o la televisión.

Además de la aceptación de las debilidades, hay que conocer nuestras fortalezas para ponerlas a trabajar, como los talentos de la parábola. Y ponerlas siempre, no sólo al servicio de uno mismo, sino sobre todo al servicio de los demás.

En esa misma línea de consciencia, hay que procurar siempre **saborear el momento presente**. No vivir añorando un tiempo pasado, o maldiciendo decisiones erradas que ya no podemos modificar. Tampoco anhelando un futuro, diseñado teóricamente mejor pero siempre incierto, mientras dejamos que el presente se nos escape como la arena entre los dedos.

Volver a escuchar con atención una conversación (o a nuestros hijos), sin hacer ninguna otra cosa más que escuchar, o estar atentos a lo que comemos, nos permitirán recuperar el control sobre nuestras vidas y volver a tener la sensación de que las saboreamos y nos nutren, nos alimentan. Tenemos que aprender a gobernar el tren de nuestro tiempo, que corre desbocado por la vía, y ser capaces de aminorar la marcha o bajarnos de él cuando lo consideremos necesario.

Cuando se vive el momento presente con plena consciencia, automáticamente sientes la **necesidad de dar gracias**. Gracias por la vida, porque hoy hace un día bellísimo. Porque alguien nos quiere y nos lo ha dicho. Si llueve, porque limpia la atmósfera, y si no, porque sale el sol. Así que la cuarta receta es ser agradecidos.

¡Hay tantas cosas por las que dar gracias! Aun en las peores circunstancias. Recuerdo siempre a este respecto la lección que me dio M. Tras la muerte de su padre tuvo que vivir dos procesos de cáncer seguidos, con infinidad de operaciones, quimioterapia, radioterapia, pruebas dolorosísimas, diagnósticos desoladores y secuelas que van a acompañarla y limitarla de por vida. Y en medio de uno de esos complejos procesos, con su peluca puesta, maquillada y arreglada para verse guapa, se fue a desayunar al solecito de otoño en una terraza del barrio sevillano de Triana con su madre, ya anciana. Y le dijo: “mamá, qué afortunadas somos y qué suerte tenemos. Estamos las dos aquí disfrutando de la vida, disfrutando la una de la otra. Disfrutando del solecito. Y otra mucha gente tiene problemas peores que los nuestros”. Eso es saber ser feliz.

Muy relacionado con esta capacidad está la actitud de **no necesitar, de no ambicionar**. Cuando no se necesita nada, se agradece todo. Cuando no se desea lo que no se necesita desaparece la insatisfacción, el anhelo insaciable de tener, de adquirir, de acaparar.

Muchas veces no reparamos en esas pequeñas esclavitudes absurdas que nos condicionan en el día a día. La esclavitud de las marcas, de la última moda, de la tecnología punta. No sólo le pasa a los más jóvenes o a los más snobs. Nos ocurre a todos.

Así que un sano ejercicio para ser más feliz es practicar el desprendimiento, el despojo. Deshacernos periódicamente de todo lo que no estamos usando, de lo inútil, de lo que no necesitas, de lo que tenemos duplicado. Pero no consiste en tirarlo a la basura, más bien en encontrar a quien sí le dará uso, quien sí lo necesita. Entrar en ruedas colaborativas en que se ponen bienes en común, como esos vecinos que tienen el cortacésped a medias, o esas familias que reciclan y comparten toda la

ropa y los juguetes de los niños. Estoy convencida de que hacer un uso racional de las cosas para impedir que sean las cosas las que te dominen a ti, es una de las claves de la felicidad en estos momentos de consumismo desmedido.

Si quieres acumular, **acumula amigos de verdad**. Acumula también experiencias enriquecedoras que te hagan crecer, acumula patrimonio interior e inmaterial. Pon el énfasis en el ser, no en el tener. Si hacemos un repaso de nuestra memoria buscando los recuerdos más alegres, muy probablemente estarán relacionados con momentos de intensa y honesta relación interpersonal, sea con amigos, familiares, compañeros o incluso desconocidos.

Y ten presente la muerte. La muerte, ese gran tabú de nuestra cultura. La única certeza que tenemos en la vida, y sin embargo vivimos de espaldas a ella. Creyéndonos prácticamente inmortales. Y vivir ignorando la muerte significa vivir ignorando la vida. Minusvalorándola. Dejando pasar los días sin sacar a cada minuto el máximo partido, el máximo jugo. Derrochando el tiempo, la gracia, el amor.

La judía neerlandesa Etty Hillesum, que murió en Auschwitz y dejó escrito un profundísimo diario de sus últimos días, lo expresaba así: “Quieren nuestra completa destrucción. Ahora sí que lo sé... A pesar de todo, la vida está llena de sentido, aunque apenas me atrevo a comentar eso ante los demás. La vida y la muerte, el sufrimiento y la alegría, las ampollas en mis destrozados pies y el jazmín detrás de mi casa, la persecución, las innumerables crueldades sin sentido...: todo eso está dentro de mí como una fuerte unidad, y lo acepto como un todo, y empiezo a comprenderlo cada vez mejor, sólo para mí misma, sin ser capaz hasta ahora de explicarle a nadie cómo está todo interrelacionado... No estoy amargada y no me rebelo. Tampoco estoy desanimada, ni estoy resignada en absoluto... Suena casi paradójico: cuando uno deja fuera de su vida la muerte, la vida nunca es plena; y cuando se incluye la muerte en la vida, uno la amplía y enriquece” (3 de julio de 1942).

Ya veis que no hay mejor manera de recibir que dar previamente. Por eso la octava receta de la felicidad es **compartir tus dones y tener presentes a los otros**. No se puede ser feliz si se es feliz para uno mismo. Hay que serlo para los demás. Eso puede implicar renuncia, sacrificio, incluso sufrimiento. Nadie ha dicho que el camino a la felicidad sea sencillo. Pero te asegura llegar a la meta. Ten presente a los demás en todas tus decisiones y serás feliz. Vive para hacer felices a otros y serás más feliz. Siéntete parte de la humanidad, responsable del destino de todos tus semejantes, de su bienestar. No hay felicidad posible sin solidaridad, sin sentido de la justicia, sin compromiso con los que más lo necesitan. Sin compartir con ellos tu bienestar.

Pero para poder compartir esa alegría que nace en nuestro interior hay que **pararse, cuidarse, nutrirse**. Vivimos subidos a un tren de alta velocidad empeñado en no hacer paradas. Y no sabemos cómo bajarnos de él. Pero a 200 por hora no hay

manera de contemplar el paisaje, de cuidar a los demás, de educar nuestra interioridad, de orar. Y todo eso es necesario. No se puede alcanzar la felicidad ni brotará la alegría si no practicamos la contemplación, reservamos espacios para la espiritualidad, saboreamos la experiencia trascendente, oramos en cuerpo y alma. No la habrá tampoco si seguimos viviendo dominados por el reloj, a toda velocidad, sin tiempo para llamar al amigo enfermo, para visitar a tu madre, para contar un cuento a tu hijo, para soñar, aburrirte e imaginar. Los agentes de pastoral tienen una enorme responsabilidad a la hora de educar la interioridad, romper tabúes y vicios, desmontar estereotipos y ofrecer nuevos cauces de expresión de esa interioridad a unos jóvenes que no los encuentran con facilidad porque nadie les ha enseñado.

Rodéate de belleza. Puede que tú encuentres esa belleza en obras de arte o en un paisaje. Puede que sea en la música o la literatura. Quizás tú necesitas rodearte de la belleza del orden, o de la del caos. Puede que esa belleza, en tu caso, te la proporcionen tu pareja o tus hijos, o las arrugas de tu abuela. Pero seguramente la contemplación y la convivencia con la belleza, con la armonía, la búsqueda de todo lo bello y lo bueno que existe a nuestro alrededor, y su exaltación, te produzcan una enorme paz y serenidad, antesala de la felicidad. Para el creyente toda esa belleza es signo de la presencia de Dios.

5. El sacramento de la alegría

Ya hemos dejado claro que la felicidad es el mandamiento principal de Dios. Y que la dimensión espiritual de esa felicidad es la alegría. Pero yo me pregunto si hay una alegría expresamente cristiana. Yo no creo que los cristianos tengamos el patrimonio de la alegría; más bien creo que cualquier alegría es rastro de la presencia de Dios en nuestras vidas. De ese Dios-Padre y Madre, de ese Dios-Amor, de ese Dios-Justicia, de ese Dios-Alegría, que ha transparentado para nosotros Jesús de Nazaret pero que no se agota en ninguna religión concreta.

Por eso estoy de acuerdo con quienes, como el dominico José Antonio Solórzano, dicen que la alegría tendría que ser el octavo sacramento, señal de la irrupción de Dios y el encuentro con su gracia en nuestras vidas. Decía san Francisco que “El cristiano es un hombre o una mujer alegre. Esto nos enseña Jesús”. ¿Cuáles serían entonces los motivos para estar “cristianamente” alegres? Nos da una pista Leonardo Boff en “Los sacramentos de la Vida”¹⁵:

“Un hombre apareció en Galilea y anunció que este mundo tiene un sentido eterno, que el destino de la vida es la Vida y no la muerte, que la felicidad que se espera de Dios es para los que lloran, para los perseguidos, calumniados y torturados, que este mundo tiene un fin bueno y que ya está garantizado por Dios. En Galilea proclamó una gran alegría y una buena noticia para todo el pueblo. Era el Hijo de Dios encarnado, Jesucristo, nuestro liberador”.

¹⁵ BOFF, L. *Los sacramentos de la Vida*. Sal Terrae. Santander 1987.

A partir de la buena noticia de que hemos sido salvados por el amor de Dios, la alegría, se sostiene fundamentalmente en la confianza plena en Dios y en la esperanza. Afirma Pablo VI que “Si Jesús irradia esa alegría, se debe al amor inefable con que se sabe amado por su Padre”. Así que confiar en Dios no significa pensar que su amor nos libraré siempre de la desgracia o el sufrimiento, de padecer enfermedad o soledad o tristeza porque Dios está de nuestro lado, o porque lo merecemos más. Sin embargo, seguimos pidiendo a Dios que llueva y acusándolo de mandar penalidades sobre los humanos a modo de castigo. Mantenemos una fe infantilizada. Condicionada por la “respuesta” de Dios a nuestras plegarias. ¡Cuánta gente dice que dejó de creer el día que murió su padre por el que estuvo rogando!

Afirma Luis González-Carvajal que “desde luego nadie debería pensar que un buen día –mejor dicho: un mal día– Dios decide que se desborde un río o se produzca un terremoto. Los científicos explican cómo se producen tales fenómenos y, cuando no logran explicar cómo se ha producido uno de ellos, no se les pasa por la cabeza decir: «Esta vez ha sido Dios». Dan por supuesto que los fenómenos naturales tienen siempre causas naturales y siguen investigando”¹⁶.

¿Cómo debe vivir entonces el creyente ante las catástrofes y desgracias, ya sean naturales o provocadas por el hombre? Carvajal responde: “Si el cristiano es el seguidor de Cristo deberá hacer lo que hacía Jesús, que curaba a los enfermos, alimentaba a los hambrientos y predicaba la reconciliación. No es Dios, sino nosotros mismos, quienes debemos acabar con el sufrimiento. O, mejor dicho, Dios ha querido acabar con el sufrimiento a través de nosotros: nos ha dado inteligencia para que podamos luchar contra los males físicos y nos ha redimido para que podamos evitar los males morales”.

Pero es precisamente el mal el que, en muchas ocasiones, siembra la duda sobre Dios, oscurece la fe, aniquila la alegría evangélica. “¿Cómo puede Dios permitir esto?”, nos preguntamos ante muertes de inocentes o catástrofes terribles. Hasta el papa Benedicto XVI se lo preguntó en Auschwitz.

Si hay alguien que ha mostrado esa fe inquebrantable en medio de la mayor de las crueldades y la iniquidad humanas, ésa ha sido la citada Etty Hyllesum. Su diario, menos conocido que el de Ana Frank, está cargado de conceptos revolucionarios en materia de teología, ética o filosofía.

Etty es una mujer que trasciende el mal que está sufriendo. Pero lo que más me maravilla de ella es que cuando otros en sus mismas circunstancias o como testigos del horror se preguntan dónde está Dios o certifican el fallecimiento de Dios, ella afirma lo siguiente: “Corren malos tiempos, Dios mío. Y con cada latido del corazón tengo más claro que tú no nos puedes ayudar, sino que debemos ayudarte nosotros a

¹⁶ Para profundizar sobre el misterio del mal y la fe cristiana conviene leer el libro del mismo título, de autor colectivo, fruto del ciclo de conferencias del curso de la Cátedra de Teología José Antonio Romeo de la Fundación Chaminade. Tirant lo Blanc.

ti y que tenemos que defender hasta el final el lugar que ocupas en nuestro interior” (12 de julio de 1942).

El de Etty me parece el mejor resumen de la confianza en Dios como fuente inagotable de alegría, en medio del peor de los escenarios posibles. Y que conecta con la segunda fuente de la alegría, que a mi juicio es **la esperanza**, seña de identidad indispensable del creyente.

Nace la esperanza de una convicción: que Dios, ese Dios Amor, habita en todos y cada uno de nosotros y que por tanto el ser humano es capaz de ser las manos de Dios en el mundo, en expresión de O. Le Gendre¹⁷. Es capaz de lo mejor, aunque también lo sea de lo peor. Pero tenemos que aprender a ver lo bueno que siempre existe en medio de lo malo. Incluso en un campo de concentración. Incluso junto a esas vallas que están impidiendo entrar en Europa a quienes huyen de la guerra. Tenemos que aprender a esperar que las cosas puedan mejorar. Porque además, de hecho, mejoran. Aunque no tengamos perspectiva para comprobarlo.

No en vano el papa Francisco pide en la “*Evangelii Gaudium*” que dejemos de ser profetas de calamidades¹⁸ y apreciemos las bondades del progreso, los avances de la humanidad, las cosas bellas y buenas de nuestro mundo¹⁹. Que son muchas, aunque estemos empeñados en ver el lado malo y amenazante de todo cuanto nos rodea.

Existen muchas noticias buenas a nuestro alrededor. En medio del horror siempre hay alguien capaz de un gesto de misericordia o de ternura, de compasión o de pasión con. Y no son casos aislados. No son las excepciones que confirman la regla. Cada día se producen montones de noticias positivas, alentadoras y bellas, aunque no ocupen las primeras portadas de los periódicos.

Muchas personas que viven entre nosotros son voceros o protagonistas de buenas noticias. También los hay que denuncian las injusticias y dan testimonio del milagro del amor. Son en sí mismos buena noticia para los demás. Auténticos profetas que se juegan la vida, o el bienestar o la libertad, y hacen patente que está en nuestra mano transformar el mundo para hacerlo más humano, a la medida de Dios. Todos estamos llamados a hacer girar nuestras vidas en esa dirección. El evangelio marca con claridad el camino.

Y ese camino que marca el evangelio, lo venimos diciendo, tiene por meta la felicidad. No la mortificación, no el sufrimiento. Ésa es la promesa del evangelio: que

¹⁷ “Ser cristiano –escribe O. Le Gendre por boca del cardenal protagonista de su obra– no es solamente creer que existe Dios. No es solamente creer en un Dios de amor ni tampoco estar de acuerdo con los artículos de un Credo. Es aceptarse como las manos de Dios en el mundo. Es ponerse a disposición del plan de Dios para el mundo, es sentirse como los continuadores del acto de creación divino”. *La confesión de un cardenal*, citado por Javier Elzo en “Los cristianos, ¿en la sacristía o tras la pancarta?”.

¹⁸ EG 84.

¹⁹ EG 243.

el que entregue su vida por los demás no la perderá sino que la ganará²⁰. Una vida plena aquí y ahora, sin necesidad de esperar al Más allá.

Pero Pablo VI nos advierte de que la alegría del Reino de Dios “es una alegría concedida a lo largo de un camino escarpado”. Se está refiriendo evidentemente al sermón de la montaña, las bienaventuranzas, que resumen los comportamientos que conducen a ser feliz. Y es el compendio perfecto, el power point del evangelio: Hay que dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, visitar al que está preso, perseguir la justicia aunque eso suponga que te persigan a ti, y algo especialmente difícil en estos tiempos: no ambicionar riquezas si eso implica el empobrecimiento de otros.

Las bienaventuranzas son el plan que Dios nos ha ofrecido por medio de su hijo para alcanzar la felicidad. Y si todos la buscamos, no parecería tan difícil adoptarlo como propuesta de vida personal. Aunque todos sabemos que las cosas no son tan sencillas... Porque el evangelio es un plan a largo plazo que procura una felicidad no inmediata sino duradera. Por eso ahora, en el tiempo del presentismo y de la fugacidad, no es tendencia.

Así que como creyentes, y más aún como agentes de pastoral, habrá que ser facilitadores de felicidad y referentes de alegría. Convertirnos en ejemplo de un camino de vida felicitante. Mostrar que seguir las enseñanzas de Jesús nos vuelve bienaventurados.

O como escribe Madeleine Delbrel, refiriéndose al sermón de la montaña: “Ya que las palabras, Dios mío, no están hechas para permanecer inertes en nuestros libros, sino para poseernos y recorrer el mundo en nosotros; permite que de esta hoguera de alegría que tú encendiste antaño sobre una montaña, que de esta lección de felicidad, sus chispas nos alcancen y nos penetren, nos rodeen y nos invadan; haz que, habitados por ellas, como pavesas en los rastrojos, recorramos las calles de la ciudad, marchemos junto a la oleada de la multitud, contagiando felicidad, contagiando alegría²¹.”

6. Una pastoral con efecto mariposa

Yo, como comunicadora que soy, acostumbro a hacer diez propuestas para intentar realizar una comunicación de Dios más evangélica y por tanto una pastoral felicitante y portadora de alegría.

1. Dejemos de hablar de Dios. Mejor dicho: dejemos de nombrarlo tanto por su nombre de pila y mostrémoslo más por sus apellidos: el amor, la justicia, la paz, la misericordia, el perdón... la alegría. Los apellidos de Dios son hoy, a mi entender, un buen modo de hablar de Él. Y seguramente no haya otro mejor en estos momentos,

²⁰ “Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por causa de Mí, la hallará” (Mt 16,25).

²¹ Fragmento de “Alegrías procedentes de la montaña”.

vista la pesada carga negativa que soporta todo lo religioso, nombre de Dios incluido.

Figuras que comunican a Dios de esa manera consiguen desde luego saltarse las barreras sociales y culturales y llegar con su testimonio a creyentes y no creyentes. Es el caso de grandes ejemplos como Vicente Ferrer o la madre Teresa de Calcuta, que acapararon páginas y páginas de la prensa internacional con sus modelos y estilos de vida, contagiadores de esperanza y alegría. Como está haciendo el papa Francisco con sus gestos de misericordia y ternura. Y en menor medida numerosos religiosos y laicos que, no es que hablen o no de Dios, es que sencillamente lo transparentan. Ellos son capaces de hacerlo presente en el ámbito laico porque hablan de realidades concretas, ponen rostro a las teorías, encarnan los discursos, emplean un tono conciliador (que también ayuda lo suyo), ¡y viven lo que afirman!

Y es que uno de los mayores impedimentos para comunicar hoy la fe, si no el mayor, es la falta de testimonio, de ejemplo de vida. La ausencia precisamente, en palabras de Carles Such, de alegría, solidaridad evidente, honradez a toda prueba, acogida sincera, vida comunitaria... de los que nos decimos creyentes.

Nada como los gestos de honda humanidad de Jesús para llegar a todos y ser comprendidos por todos. Para tocar y transformar los corazones.

2. Propiciar el encuentro con Jesús y con los grandes testigos, los grandes ejemplos. Pero también hay que actualizar esos modelos, hacerlos comprensibles, y encontrar para nuestros jóvenes testimonios nuevos, hijos del tiempo presente, que les resulten válidos, creíbles, imitables, atractivos, estimulantes, desafiantes.

Como el pastor protestante Michael Lapsley, que después de identificarse con la causa de la población negra sometida al cruel régimen del Apartheid en Sudáfrica y sufrir un atentado que le arrancó las dos manos y un ojo, podría haberse instalado en la pena, el rencor, la tragedia, y nadie se lo hubiera reprochado. Sin embargo, Michael superó el rencor, la ira, la autocompasión, y decidió poner su vida al servicio de la reconciliación. ¡Qué maravilloso ejemplo para nuestros jóvenes y la sociedad en general, al margen de las creencias de cada cual!

Los santos de toda la vida, en muchos casos magníficos imitadores de Jesús, pueden ser también un gran ejemplo para nuestros jóvenes.

3. Renovar el lenguaje. Porque si Jesús recurría a metáforas agrícolas para hablar a campesinos, ¿no tendríamos nosotros que utilizar imágenes significativas para el joven de hoy, en lugar de hablarles todavía de rebaños y pastores, que no reconocen ni en las fotos?

San Pablo, gran comunicador, escribió infinidad de cartas que aún hoy en día, veintiún siglos después, designamos por los receptores a los que iban dirigidas: colosenses, corintios, filipenses, romanos, tesalonicenses... Para él no eran iguales, y

hablaba a sus diferencias, a sus particularidades, desde la coherencia de su mensaje. Sabía san Pablo que es fundamental, para tener éxito en la comunicación, contar con el concurso del receptor.

Cada vez más a menudo ocurrirá que ese receptor ni siquiera será creyente. Deberemos tener en cuenta pues su particular contexto cultural, su propia experiencia de no-dios y las limitaciones de su lenguaje para definir lo religioso.

“Conviene ser realistas –escribe el papa Francisco– y no dar por supuesto que nuestros interlocutores conocen el trasfondo completo de lo que decimos o que pueden conectar nuestro discurso con el núcleo esencial del evangelio que le otorga sentido, hermosura y atractivo”²².

4. Pulsar las inquietudes y necesidades de los hombres y mujeres de hoy, especialmente de los jóvenes, para darles respuesta. Pero si no tenemos las respuestas, reconozcámoslo. Por varios motivos. En primer lugar, porque la duda no es el coco. Como le expliqué a mi hijo Miguel en el libro “Mamá, ¿Dios es verde?”²³, en un lenguaje que pudiera entender, es el disco de extras del videojuego de la fe. En segundo lugar, porque de tanto tener todas las respuestas estamos matando el misterio. Y en tercer lugar, porque nos dirigimos a una ciudadanía a la que ya no convencen cuentos de la Edad Media ni apelaciones a la autoridad.

5. Evangelizar sin imposición ni poder, a partir de una relación de igualdad. Provocando –en palabras de José Comblin– “la iluminación de los corazones y de las mentes, no por la fuerza de una institución, sino por la revelación divina que se manifestó en Jesús”.

Por lógica pues, hay que empezar por hablar a los iguales. En esto vuelve a dar pasos firmes el papa Francisco cuando quiere ser tratado como obispo de Roma, y no como Santo Padre o Sumo Pontífice. Porque el aire imperial, toda esa parafernalia barroca, el machismo, no están, por decirlo coloquialmente, “en la onda” de una juventud que se ha criado al calor de la democracia. Y a la que le entristece sobremanera comprobar esa falta de sintonía entre los modos y discursos de la Iglesia y ellos mismos.

En el manifiesto final del Fórum de Pastoral con Jóvenes celebrado en 2008 en Madrid por los 50 años de la Revista de Pastoral Juvenil, puede leerse: “Sólo podemos abrirnos a los jóvenes partiendo de ellos mismos e iniciando una comunicación libre y en plano de igualdad”. Y un joven formulaba un deseo: ‘No quiero que se haga nada sobre nosotros sin contar con nosotros’²⁴.

6. Mostrar el rostro amable y misericordioso de Dios a los hombres y mujeres del mañana. Desde los gestos solidarios ante una catástrofe o la alegría sana, compartida

²² EG 34.

²³ San Pablo, Madrid 2013.

²⁴ Revista de Pastoral Juvenil, 449 (Dic 2008), 34ss

y convertida en lenguaje universal, hasta el idéntico afán de trascendencia de un no creyente que tenemos que aprender a respetar.

Todo puede hablar de Dios si encontramos la manera apropiada de darle voz. Si seguimos el rastro de su huella en nuestra vida y nuestra cultura. En nuestro hoy, aquí y ahora.

Muchas canciones actuales, por ejemplo, aunque no hayamos reparado en ello y nos parezca que cuentan otras cosas, pueden susurrarnos entre líneas mensajes cargados de espiritualidad, misterio y conexión con Dios.

7. **Ser vehículo de experiencias trascendentes**, que pueden surgir en los momentos y lugares más insospechados: el contacto con la grandiosidad de la naturaleza, las situaciones límite que ponen nuestra vida contra las cuerdas, momentos intensos de relación interpersonal o de contacto con el resplandor de la belleza o con experiencias éticas decisivas. Ayudemos a nuestros jóvenes a cultivar su interioridad y expresar su dimensión trascendente superando el pudor que nos produce compartir con honestidad las nuestras. Y encontrando palabras nuevas para expresar esa experiencia trascendente. Una experiencia que, curiosamente, se ha identificado tradicionalmente con la tristeza, en lugar de con la alegría. Cuando una mística tan grande como Teresa afirmaba: “Es un gozo tan excesivo del alma, que no quería gozarle a solas sino decirlo a todos para que le ayudasen a alabar a nuestro Señor... ¡Oh, qué de fiestas haría y qué de muestras, si pudiese, para que todos entendiesen su gozo!”²⁵.

8. **Ser audaces**, como pide el papa en su exhortación apostólica. Alegremente audaces.

Entre otras cosas, porque la modernidad, entendida como el patrimonio de valores democráticos y derechos humanos conquistados, no tiene en Occidente vuelta atrás.

La Iglesia se ha olvidado de esto y se ha empeñado en ver el lado más oscuro del progreso. En comportarse como profetas de calamidades, como denuncia el papa Francisco, en lugar de celebrar con alegría los avances de la humanidad y todo lo que tienen de bueno.

9. **Contar nuestra fe** sin entrar en contradicción con el más elemental ejercicio de la razón. Aunque esto parezca una paradoja. Despojando a Dios de esas imágenes que lo empequeñecen (como el salvavidas, el vigilante, el vengador, el que concede deseos...), imágenes que lo ridiculizan por insostenibles a la luz de la ciencia y la filosofía y que muestran a un Dios temible, violento, injusto y triste, muy triste.

Y contarnos a nosotros mismos, como Iglesia, con sinceridad y transparencia. Porque una Iglesia transparente, aunque eso implique que se dejen a la vista aspectos oscuros, negativos, tristes, dejará ver también toda la alegría y la belleza

²⁵ (M 6, 6, 10.13).

que hay en su interior. Y sólo de ese modo podrá conservarse la credibilidad ante la sociedad de esa Iglesia bella y alegre y la Buena Noticia que guarda.

10. Emplear el sentido del humor. Reírnos más de nosotros mismos y relajarnos a la hora de que se rían los demás. Que el humor es signo de inteligencia y rastro de la sonrisa de Dios. Y viñetas como las de Nano o las de José Luis Cortés, o los textos de Dolores Aleixandre o José Antonio Solórzano, demuestran que se puede hacer reír y hacer buena teología a un tiempo.

Estas son, en resumen, mis diez propuestas. Pero no soy una ingenua. Ya sé que aunque las pongamos en marcha no tendremos garantizado el éxito en nuestro objetivo. Falta algo más. Como agentes de pastoral tenemos la misión de convertirnos a nosotros mismos y a nuestros receptores en imitadores del Jesús de la alegría y la vida, en lugar de en admiradores o detractores del Jesús de la muerte y la cruz²⁶.

Para eso hay que dejarse de discursos y teorías. Lo que hace falta es otra cosa: Testimonio, testimonio, testimonio. Ejemplo de vida. No hay otra fórmula. Evangelio hecho carne. El evangelio, cuando se vive de verdad, provoca siempre un efecto mariposa.

Escribía Patricia Paz, como parte de un texto publicado el 3 de enero de 2011 en Ecclesia titulado “El Dios encarnado”:

“Ésa es la Buena Noticia que nos vino a traer Jesús. Que el Reino ya está, que el desafío es dejarnos amar, porque a medida que nos sentimos amados somos capaces de amar a otros. Y lo que hace crecer el Reino es un corazón compasivo que se compromete profundamente con el hermano y con toda la creación.

Animémonos a seguir a Jesús, a ser verdaderamente discípulos suyos, a tomarnos en serio sus palabras y ponerlas en práctica. Entonces tendremos la fuerza de ser “levadura en la masa”, “sal de la tierra y luz del mundo.”

Entonces, añado yo, seremos semilla de alegría, propuesta encarnada de felicidad compartida. Y se producirá por fin ese efecto mariposa: el batir de alas de una pequeña mariposa en nuestro ámbito pastoral, si es auténtico, puede terminar desencadenando un huracán de alegría. Creámonos esto de verdad. Confiemos en nuestra tarea como sembradores de alegría y no perdamos la esperanza en la condición humana, en las generaciones más jóvenes, en esta sociedad que parece horrible pero no lo es tanto como creemos, en el poder de nuestras acciones.

Sin olvidar que, como leí en un documento sin firmar elaborado por una comunidad de religiosas escolapias: “La felicidad no es sólo un lugar a donde vamos, sino también el modo de ir. El camino, el caminante y la meta están vinculados”.

²⁶ Siguiendo la distinción que hace Kierkegaard.

Con su lúcida oración para pedir el don de la alegría me gustaría concluir:

*Señor Jesús, danos una comunidad abierta,
confiada y pacífica,
invadida por el gozo y la alegría.*

*Una comunidad entusiasmada,
que sepa cantar a la vida,
vibrar ante la belleza,
estremecerse ante el misterio
y anunciar el Reino de tu amor.*

*Que llevemos la fiesta en el corazón,
aunque sintamos
la presencia del dolor en nuestro camino,
porque sabemos, Cristo resucitado,
que tú has vencido el dolor y la muerte.*

*Que no nos acobarden las tensiones
ni nos ahoguen los conflictos
que puedan surgir entre nosotros,
porque contamos –en nuestra debilidad–
con la fuerza creadora y renovadora de tu Espíritu.*

*Regala, Señor, a esta comunidad,
una gran dosis de buen humor
y enséñanos a sonreír abiertamente a la vida.*

*Haznos expertos en deshacer nudos
y en romper cadenas,
en abrir surcos y arrojar semillas,
en curar heridas y en mantener viva la esperanza.*

*Y concédenos ser, humildemente,
en este mundo abatido por la tristeza,
místicos para contemplarte
y testigos y profetas de la verdadera alegría. Amén.*

7. Para profundizar

- *Un Dios llamado Abba.* José Luis Cortés. PPC, Madrid, 2003.
- *Es bueno creer en Jesús.* José Antonio Pagola. San Pablo, Madrid, 2012.
- *Hacerse discípulo.* Dolores Aleixandre. CCS, Madrid, 2012
- *Las palabras vivas. Confidencias de Juan, el discípulo predilecto.* Pedro Miguel Lamet. Ediciones Paulinas, Madrid, 2011.

- *¡Qué bueno que viniste!* José Luis Cortés. PPC, Madrid, 2001.
- *Contar a Jesús.* Dolores Aleixandre. CCS, Madrid, 2002.
- *Teología en vaqueros.* Manuel de Unciti. PPC, Madrid, 2000
- *Jesús. Aproximación histórica.* José Antonio Pagola. PPC, Madrid, 2007.
- *Los sacramentos de la vida.* Leonardo Boff. Sal Terrae, Santander, 1978
- *Jóvenes e Iglesia. Caminos para el reencuentro.* José Joaquín Cerezo, Pedro José Gómez Serrano. PPC, Madrid, 2006
- *Mamá, ¿Dios es verde? Cómo responder a los niños con palabras de hoy.* M^a Ángeles López Romero. San Pablo, Madrid, 2013
- *Adiós al Jesuitodemivida. A vueltas con la transmisión de la fe.* M^a Ángeles López Romero. PPC, Madrid, 2014

Hacia una reorganización de centros propios *[tercera parte]*

José Carlos Bermejo²⁷

I. Diagnóstico

h. ¿Puros e impuros?

Creo que sentimos *desconfianza y temor hacia las potencialidades de los seglares*. Esto es una paradoja; pues si bien los consideramos más capaces que nosotros, cuando soñamos la realización de una nueva obra asistencial o un nuevo proyecto, nos lamentamos diciendo que no podemos prepararlo con ellos, y que ya los llamaremos cuando todo esté listo para que sean nuestros empleados, porque estarán bajo nuestra dirección, y porque les pagaremos, cosa que les estaremos continuamente recordando y quizás alguna vez se lo echaremos en cara.

Creo que hay que distinguir entre el carisma fundacional, el carisma de la vida consagrada y el carisma de cada instituto²⁸. Cuando se dice que la experiencia carismática no se da en el vacío, sino que está institucionalizada, además de afirmarse algo hermoso, ¿no se está negando que el carisma de cada instituto es un don para la Iglesia y para el mundo y que, así como se puede vivir en el marco del carisma de la vida consagrada, es también patrimonio de la Iglesia en general y de la humanidad y, por tanto, está llamado a ser fermento más allá de la propia institución? La novedad de la vida descubierta por los fundadores, no cabe ya en los odres existentes de la vida consagrada.

Algo semejante sucede en los servicios de atención espiritual católica en los centros públicos, donde la legislación permite que sea prestado por las conocidas “personas idóneas”. ¡Qué poco ha arraigado la colaboración presbíteros-religiosos-seglares en este campo! ¡Cuánta resistencia en relación a la posible contratación de seglares - con su límite en el ámbito de algunos sacramentos- por visiones de pastores que ni desean comprometerse con las implicaciones laborales que esto comporta, ni desean

²⁷ Publicamos la segunda parte del capítulo cuarto de su libro *Envejecimiento en la vida religiosa*, Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2013.

²⁸ FERNÁNDEZ B., “El ciclo vital de un instituto”, en *Vida Religiosa*, 108, 4/2010, p.76.

caminar hacia una Iglesia de comunión y una atención espiritual de visión más amplia que la mera atención sacramental. En ocasiones se prefiere un servicio prestado por algún presbítero limitado por su salud física y/o mental, a abrirse al trabajo de los seglares. *¿Estando quizás enfermos de lamento de repetición en relación a los seglares?*

i. ¿De Pablo o de Apolo?

No deja de llamar la atención las resistencias a trabajar en instancias pretendidamente intercongregacionales y que se propusieron incluso entre sus fines el apoyo en la gestión de las obras propias. Se ha experimentado gran dificultad para trabajar juntos en federaciones como la disuelta FERS, así como LARES (Federación de Asociaciones de Residencias y Servicios para personas mayores), y no es fácil el trabajo intercongregacional en la actual FRS (Fundación de Religiosos para la Salud) que gestiona la cooperación al desarrollo heredada de FERS donde a veces se quiere definir la misión en términos de evangelización, a la vez que se encuentra el límite de tal definición al presentarse en organismos públicos.

No es fácil cuando los intereses oscilan entre la pasión por la genuina cooperación y, por otro lado, el mantenimiento de infraestructuras y personas en terreno que ya han echado raíces, incluso que están fuera de la edad laboral y se encuentran con imposibilidad de ser reemplazadas, pero también con deseo de no dejar de recibir la compensación económica relativa al servicio prestado institucionalmente.

No nos ha confrontado suficientemente el modelo del padre Ángel, de Mensajeros de la Paz que, con todos los límites que quieran evidenciarse, lidera numerosos servicios sociales sin necesidad de estar presente y controlar directamente la gestión de cada uno de ellos.

Ha habido dificultades también a la hora de crear una residencia para mayores de diferentes congregaciones (viejo proyecto de CONFER), así como una Fundación intercongregacional para apoyar en la gestión de las así llamadas “enfermerías religiosas”, casi como si, después de la buena intención y del supuesto teórico del buen entendimiento, llegados al “dunque”, asomaran las resistencias insalvables que, en no pocas ocasiones, tienen que ver con la gestión de “la caja”, el propio bolsillo. *¿Será éste una forma de autismo conventual?*

j. En la ética, ¿fieles a quién?

Nadie ignora la dificultad experimentada en las instituciones de Iglesia en el campo de los complejos problemas éticos encontrados en la práctica asistencial. Miguel Martín, hermano de S. Juan de Dios, en un reciente encuentro celebrado en la

Universidad de Comillas sobre el pasado, presente y el futuro de la bioética española, apuntaba a esta dificultad. Afirmaba: “Cuando el debate bioético se hace “a pie de obra” se descubren elementos que matizan muchas afirmaciones hechas solemnemente pero que no recogen los mil matices que componen la realidad. Ver el rostro de un neonato gravemente malformado a quien acompañan unos padres anímica y moralmente hundidos; escuchar a unos padres, ya mayores, de una joven deficiente que apuestan por su máxima integración social y que solicitan una ligadura de trompas para evitar una posible maternidad desde todo punto de vista indeseable; compartir un trozo de vida con unos enfermos mentales que no saben cómo estructurar una sexualidad porque difícilmente pueden estructurar aspectos más simples de su vida; presenciar el alta voluntaria de un enfermo de Sida que decide volver a la calle porque esa y no otra ha sido su casa... todas ellas son situaciones que, al menos, cuestionan afirmaciones dogmáticas y, sobre todo, posturas intransigentes”²⁹. *¿Será que en la bioética sufrimos una cierta despacibitis, ajena a la complejidad de la vida moral a pie de obra?*

k. ¿Acompañamiento espiritual o presencia?

Cabe preguntarse cómo estamos realizando la pastoral de la salud en donde nos ha sido confiada (hospitales públicos y privados), así como en las obras propias de las instituciones religiosas. No podemos esconder que buena parte de los capellanes han sido nombrados teniendo como criterio no tanto la competencia pastoral en el ámbito de la salud o ministerial, cuanto con criterios también de pastoral de cuidado a los propios presbíteros, con frecuencia necesitados de atenciones de salud o jubilados, o con otras múltiples ocupaciones. Por otro lado, en las instituciones de salud y de servicios sociales de religiosos y religiosas, con frecuencia la atención espiritual se tiende a dar por prestada con la mera identidad de la titularidad del Centro o con la garantía de celebración de los sacramentos. La mayor parte de las residencias de mayores no cuentan con servicio de atención espiritual más allá del prestado por algunos miembros de la Congregación titular y el presbítero que preside la Eucaristía diaria.

Ya hemos llegado en alguna Autonomía (Cataluña, al menos, desde el 2005) en la que los agentes de pastoral no pueden visitar a los enfermos por su propia iniciativa, limitándose la atención a la respuesta a la demanda, límite que, por ejemplo, no lo tienen los voluntarios. El análisis de esta situación creo que no permite interpretar que se deba exclusivamente al proceso de secularización o a una intencionalidad de “asepsia religiosa” de los servicios de salud. Es probable que el escaso prestigio y el frecuente bajo nivel del servicio hayan contribuido a desencadenar esta medida.

²⁹ MARTIN, M., “Hermanos de S. Juan de Dios. Revista Hospitalaria”, en DE LA TORRE, J., *Pasado, presente y futuro de la bioética española*, Madrid: Comillas (2012) 102-103.

Simultáneamente, especialmente en el contexto del final de la vida, se desarrolla la reflexión y la investigación en el campo de la atención espiritual laica, tendiéndose a una concepción profesional de la atención a esta dimensión en el marco de la atención integral. Frecuentemente el lenguaje, las herramientas, las tendencias en el campo de la atención espiritual, son ignoradas por buena parte (si no la mayoría) de los religiosos y religiosas, ajenos al desarrollo de las tendencias. Es frecuente también que, cuando hay que rendir cuentas de la actividad desarrollada, los miembros de los servicios religiosos tengan dificultades para realizar su memoria anual y su programación con indicadores medibles. *¿Será esta dificultad una cierta artrosis del músculo espiritual de nuestras Organizaciones?*

🎯 El anaquel

Identidad y misión del hermano religioso en la Iglesia³⁰

CICSVA

La Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica ha presentado esta mañana en la Oficina de Prensa de la Santa Sede el documento “Identidad y misión del religioso hermano en la Iglesia”, y ha ilustrado además las manifestaciones conclusivas del Año de la Vida Consagrada. Han participado en el acto el cardenal João Braz de Aviz, Prefecto de ese dicasterio y el arzobispo José Rodríguez Carballo, O.F.M., Secretario de la misma congregación.

“El documento -explicó el cardenal Braz de Aviz- pone de relieve la gran riqueza y la actualidad de la vocación de los hermanos y su contenido es muy válido e innovador a la luz del Concilio Vaticano II. La vocación del hermano religioso es, en primer lugar, la vocación cristiana... y el rasgo de la persona de Cristo que el hermano religioso subraya especialmente con su forma de vida no es otro que el de la fraternidad... que refleja el rostro de Cristo-Hermano, sencillo, bueno, cercano a la gente, acogedor, generoso, servidor”.

La identidad y la misión del hermano religioso, como indica el texto, se resumen en la fraternidad entendida como don que el hermano recibe de Dios Trinidad, comunión de personas; don que comparte con sus hermanos en la vida fraternal en la comunidad y don que ofrece al mundo para la construcción de un mundo de hijos de Dios y de hermanos.

A continuación el purpurado ilustró el tema de la fraternidad como don que el hermano religioso recibe de Dios Uno y Trino. “El hermano religioso- dijo- llega a ser tal porque el Espíritu hace que conozca a Dios que en Jesús se revela como Padre lleno de amor, de ternura y misericordia. Junto con Jesús se siente amado y con El se ofrece para ser en su vida todo por el Padre y todo para sus hijos e hijas de este mundo. Una característica de la identidad del hermano religioso es la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad; una fraternidad abierta a todos, especialmente a los más pequeños, humildes, oprimidos, a los no amados, en definitiva a los más pobres, para convertirse en fraternidad universal”.

³⁰ Información del 14 de diciembre de 2015 del 14 de diciembre de 2015.

Esa fraternidad es un don que el hermano religioso comparte con sus hermanos en la vida de la comunidad. “Decir vida fraternal en la comunidad -aclaró el cardenal- equivale a decir relaciones armoniosas entre hermanos, conocimiento recíproco, aceptación...apoyo mutuo... división de talentos...., olvido de sí, perdón... colaboración en la misión eclesial, apertura a las necesidades de la Iglesia, del mundo y sobre todo de los más necesitados.. Todo esto es muy hermoso pero no brota espontáneamente...El alimento que sostiene a la comunidad es el don de la fraternidad que los hermanos religiosos reciben. El hermano necesita apoyar sus relaciones fraternales desarrollando su dimensión espiritual, mística y teologal”.

La fraternidad es, por último, un don que el hermano religioso ofrece al mundo y que se transforma en misión. Así, “los hermanos realizan la misión de contribuir a la construcción del Reino de fraternidad mediante la oración incesante, el testimonio de vida fraternal y la dedicación comunitaria al servicio de la Iglesia y del mundo... La fraternidad de los hermanos religiosos no es autoreferente o encerrada en sí misma; es una fraternidad ?. en perfecta sintonía... con una Iglesia en éxodo, en salida hacia las periferias de este mundo, llamada a lanzar puentes, abierta a todos los hombres contemporáneos de cualquier raza, cultura o credo”.

El amor fraternal se concreta en la Iglesia y en la vida de los hermanos religiosos en numerosos servicios que constituyen verdaderos ministerios, desde la educación a la atención a los enfermos y a los presos, pasando por la acogida de los refugiados y la catequesis etc... “De esta forma -finalizó el Prefecto- el hermano religioso señala a Dios en las realidades seculares de la cultura, la ciencia, la salud humana, el mundo del trabajo, el cuidado de los débiles y desfavorecidos. Y simultáneamente señala que hay que salvar al ser humano, hombre y mujer, todo entero, cuerpo, mente y espíritu, ya que cuanto afecta a la persona humana forma parte del plan salvador de Dios”.

En su intervención el arzobispo Rodríguez Carballo expresó su doble agradecimiento al Papa emérito Benedicto XVI que en 2008 fue el primero en impulsar la redacción del documento presentado hoy y al Papa Francisco, que leyó el borrador cuando era cardenal arzobispo de Buenos Aires y alentó en 2013, cuando ya era Pontífice, a retomarlo, perfeccionarlo y publicarlo.

En los próximos números de Forum.com publicaremos el documento “Identidad y misión del hermano religioso en la Iglesia” al completo.

El anaquel

La cuaresma en el año de la misericordia

Presentación del Mensaje del Santo Padre para la Cuaresma 2016

En la Oficina de Prensa de la Santa Sede ha tenido lugar la presentación del Mensaje del Santo Padre para la Cuaresma de 2016. Han intervenido el cardenal Francesco Montenegro, arzobispo de Agrigento (Italia) y miembro del Pontificio Consejo Cor Unum, Mons. Giampietro Dal Toso y Mons. Segundo Tejado Muñoz, respectivamente Secretario y Subsecretario del mismo dicasterio.

En su intervención el cardenal Montenegro explicó que el Mensaje se articula en tres puntos: la misericordia a la luz de la Palabra de Dios, la insistencia en las obras de misericordia y la relación entre la Cuaresma y el itinerario jubilar. La primera parte se centra en el tema de la misericordia en la Escritura y contribuye a recuperar los significados fundamentales de ese término que Francisco definió una vez como el arquitepe tanto del misterio trinitario como de la vida de la Iglesia. En particular, ya que la Cuaresma desemboca en el misterio pascual, se hace todavía más patente que la cruz de Cristo es la culminación de la revelación de la misericordia del Padre y Jesús es el rostro de tal misericordia. “Durante la Cuaresma -dijo el cardenal- la Iglesia siempre ha invitado a nutrirse más de la Palabra de Dios y el Papa invita a todos los cristianos a explorar el tema de la misericordia a través de las páginas de la Biblia y de los profetas, ya que estas no se limitan a reiterar que Dios es misericordioso, sino que afirman claramente que también lo deben ser sus hijos, ejercitándose para vivir un amor más grande, especialmente prestando atención a los pequeños, los pobres y los indefensos”.

Las obras de misericordia, el segundo punto clave del mensaje, forman parte del tesoro de la tradición cristiana y si, durante la Cuaresma, fijamos nuestra mirada en Cristo crucificado y en la liturgia revivimos todo lo que sufrió por amor a nosotros, “no podemos pensar que ese rostro, aunque sea único, haya dejado de estar presente en la historia”- agregó mons. Montenegro.- El Papa desearía que durante la Cuaresma todo cristiano sintiera la necesidad de nutrirse de la Palabra de Dios y al mismo tiempo abriese su corazón a los que sufren ejercitándose en vivir las obras de misericordia. Como pastor de una iglesia que vive algunas formas de pobreza y varios desafíos notables como el de la inmigración me gustaría añadir algo -continuó- A veces se tiende a pensar que la fe se pueda vivir solamente participando en los

sacramentos, o rezando y se excluyen de la vida espiritual las necesidades espirituales de las personas, especialmente de los más pobres. El resultado es que ese tipo de fe tarde o temprano se vuelve estéril e insípida. En cambio, cuando nos abrimos a una más completa que, pensándolo bien, es la evangélica- la que exige que se escuche y se ponga en práctica - la fe se convierte en experiencia contagiosa y alegre, enriquecedora y estimulante. Lo hemos experimentado, por ejemplo, en Lampedusa durante el desembarco de miles de personas y en muchas otras comunidades que han aceptado el reto de abrirse a las diferentes formas de la pobreza en la zona... Está claro que no es fácil, porque algunas veces hay que hacer cuentas con una mentalidad arraigada y que difícilmente acepta las novedades. ...Pero según mi experiencia, yo diría que es una forma posible y, sobre todo, es lo que Jesús nos pide en el Evangelio”.

Por último, el Mensaje atañe al itinerario jubilar. “El misterio pascual es el corazón del año litúrgico y esta cuaresma se coloca justo en el corazón del Jubileo -dijo el arzobispo de Agrigento- En esta perspectiva, en el documento subyacen cuestiones relativas al contexto histórico y cultural de hoy y a cómo el cristiano se sitúe en él.... De ahí la propuesta “profética” del Jubileo y el tiempo de Cuaresma como un tiempo para examinar el camino de la propia vida y para escuchar el grito de los pobres, del mismo Cristo que llama a la puerta de nuestros corazones con la esperanza de que elijamos abrirle y acogiéndolo saboreamos la vida real. En estos primeros meses del Jubileo, sobre todo, a través del signo de la “puerta” hemos podido experimentar la belleza de la misericordia accesible a todos. No sólo la puerta de la basílica de San Pedro o de las basílicas mayores sino de las catedrales de las diócesis y, sobre todo de algunos lugares símbolos de la pobreza: el albergue de Caritas aquí en Roma y las celdas de los presos. A través de estas opciones fuertes el Papa está invitando a toda la iglesia a ponerse en camino hacia cada persona y, en particular, hacia los pobres y los que sufren. Así, el camino del Jubileo no es solamente el del calendario, sino el que todos estamos llamados a recorrer, sostenidos por la misericordia de Dios, para reconocerlo en los pobres para ponernos a su lado en una actitud de escucha y de servicio”.

Por su parte mons. Del Toso habló de dos iniciativas de *Cor Unum* durante esta cuaresma. La primera obedece a una petición del Santo Padre y se trata de un retiro espiritual para los que trabajan en el servicio de caridad de la Iglesia, para que también ellos “experimenten la misericordia de Dios”. La segunda es un gran congreso internacional para conmemorar los diez años de la publicación de la primera encíclica del Papa emérito Benedicto XVI *Deus caritas est*, que tendrá lugar del 25 al 26 de febrero en el Aula Nueva del Sínodo.

Mensaje del Santo Padre para la Cuaresma 2016: “Misericordia quiero y no sacrificio”. Las obras de misericordia en el camino jubilar

“Misericordia quiero y no sacrificio, Las obras de misericordia en el camino jubilar”. es el título del Mensaje del Papa Francisco para la Cuaresma de 2016 (10

de febrero-20 de marzo). Partiendo de la cita del evangelio de san Mateo, el Santo Padre desarrolla su mensaje en tres apartados: *María, icono de una Iglesia que evangeliza porque es evangelizada; la alianza de Dios con los hombres: una historia de misericordia y las obras de misericordia.* El documento, fechado el 4 de octubre, festividad de san Francisco de Asís, concluye invitando a todos a no perder este tiempo de Cuaresma favorable para la conversión y pidiendo para ello la intercesión de la Virgen María, la primera que, frente a la grandeza de la misericordia divina confesó su propia pequeñez reconociéndose como la humilde esclava del Señor.

1. María, icono de una Iglesia que evangeliza porque es evangelizada

En la Bula de convocación del Jubileo invité a que “la Cuaresma de este Año Jubilar sea vivida con mayor intensidad, como momento fuerte para celebrar y experimentar la misericordia de Dios”. Con la invitación a escuchar la Palabra de Dios y a participar en la iniciativa “24 horas para el Señor” quise hacer hincapié en la primacía de la escucha orante de la Palabra, especialmente de la palabra profética. La misericordia de Dios, en efecto, es un anuncio al mundo: pero cada cristiano está llamado a experimentar en primera persona ese anuncio. Por eso, en el tiempo de la Cuaresma enviaré a los Misioneros de la Misericordia, a fin de que sean para todos un signo concreto de la cercanía y del perdón de Dios.

María, después de haber acogido la Buena Noticia que le dirige el arcángel Gabriel, María canta proféticamente en el *Magnificat* la misericordia con la que Dios la ha elegido. La Virgen de Nazaret, prometida con José, se convierte así en el icono perfecto de la Iglesia que evangeliza, porque fue y sigue siendo evangelizada por obra del Espíritu Santo, que hizo fecundo su vientre virginal. En la tradición profética, en su etimología, la misericordia está estrechamente vinculada, precisamente con las entrañas maternas (*rahamim*) y con una bondad generosa, fiel y compasiva (*hesed*) que se tiene en el seno de las relaciones conyugales y parentales.

2. La alianza de Dios con los hombres: una historia de misericordia

El misterio de la misericordia divina se revela a lo largo de la historia de la alianza entre Dios y su pueblo Israel. Dios, en efecto, se muestra siempre rico en misericordia, dispuesto a derramar en su pueblo, en cada circunstancia, una ternura y una compasión visceral, especialmente en los momentos más dramáticos, cuando la infidelidad rompe el vínculo del Pacto y es preciso ratificar la alianza de modo más estable en la justicia y la verdad. Aquí estamos frente a un auténtico drama de amor, en el cual Dios desempeña el papel de padre y de marido traicionado, mientras que Israel el de hijo/hija y el de esposa infiel. Son justamente las imágenes familiares – como en el caso de Oseas– las que expresan hasta qué punto Dios desea unirse a su pueblo.

Este drama de amor alcanza su culmen en el Hijo hecho hombre. En él Dios derrama su ilimitada misericordia hasta tal punto que hace de él la “Misericordia encarnada” .

En efecto, como hombre, Jesús de Nazaret es hijo de Israel a todos los efectos. Y lo es hasta tal punto que encarna la escucha perfecta de Dios que el *Shemà* requiere a todo judío, y que todavía hoy es el corazón de la alianza de Dios con Israel: “Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”. El Hijo de Dios es el Esposo que hace cualquier cosa por ganarse el amor de su Esposa, con quien está unido con un amor incondicional, que se hace visible en las nupcias eternas con ella.

Es éste el corazón del *kerygma* apostólico, en el cual la misericordia divina ocupa un lugar central y fundamental. Es “la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado”, el primer anuncio que “siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis” . La Misericordia entonces “expresa el comportamiento de Dios hacia el pecador, ofreciéndole una ulterior posibilidad para examinarse, convertirse y creer” , restableciendo de ese modo la relación con él. Y, en Jesús crucificado, Dios quiere alcanzar al pecador incluso en su lejanía más extrema, justamente allí donde se perdió y se alejó de Él. Y esto lo hace con la esperanza de poder así, finalmente, enternecer el corazón endurecido de su Esposa.

3. Las obras de misericordia

La misericordia de Dios transforma el corazón del hombre haciéndole experimentar un amor fiel, y lo hace a su vez capaz de misericordia. Es siempre un milagro el que la misericordia divina se irradie en la vida de cada uno de nosotros, impulsándonos a amar al prójimo y animándonos a vivir lo que la tradición de la Iglesia llama las obras de misericordia corporales y espirituales. Ellas nos recuerdan que nuestra fe se traduce en gestos concretos y cotidianos, destinados a ayudar a nuestro prójimo en el cuerpo y en el espíritu, y sobre los que seremos juzgados: nutrirlo, visitarlo, consolarlo y educarlo. Por eso, expresé mi deseo de que “el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina” . En el pobre, en efecto, la carne de Cristo “se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga... para que nosotros lo reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado”. Misterio inaudito y escandaloso la continuación en la historia del sufrimiento del Cordero Inocente, zarza ardiente de amor gratuito ante el cual, como Moisés, sólo podemos quitarnos las sandalias; más aún cuando el pobre es el hermano o la hermana en Cristo que sufren a causa de su fe.

Ante este amor fuerte como la muerte, el pobre más miserable es quien no acepta reconocerse como tal. Cree que es rico, pero en realidad es el más pobre de los pobres. Esto es así porque es esclavo del pecado, que lo empuja a utilizar la riqueza y

el poder no para servir a Dios y a los demás, sino para sofocar dentro de sí la íntima convicción de que tampoco él es más que un pobre mendigo. Y cuanto mayor es el poder y la riqueza a su disposición, tanto mayor puede llegar a ser este engañoso ofuscamiento. Llega hasta tal punto que ni siquiera ve al pobre Lázaro, que mendiga a la puerta de su casa, y que es figura de Cristo que en los pobres mendiga nuestra conversión. Lázaro es la posibilidad de conversión que Dios nos ofrece y que quizá no vemos. Y este ofuscamiento va acompañado de un soberbio delirio de omnipotencia, en el cual resuena siniestramente el demoníaco “seréis como Dios” que es la raíz de todo pecado. Ese delirio también puede asumir formas sociales y políticas, como han mostrado los totalitarismos del siglo XX, y como muestran hoy las ideologías del pensamiento único y de la tecnociencia, que pretenden hacer que Dios sea irrelevante y que el hombre se reduzca a una masa para utilizar. Y actualmente también pueden mostrarlo las estructuras de pecado vinculadas a un modelo falso de desarrollo, basado en la idolatría del dinero, como consecuencia del cual las personas y las sociedades más ricas se vuelven indiferentes al destino de los pobres, a quienes cierran sus puertas, negándose incluso a mirarlos.

La Cuaresma de este Año Jubilar, pues, es para todos un tiempo favorable para salir por fin de nuestra alienación existencial gracias a la escucha de la Palabra y a las obras de misericordia. Mediante las corporales tocamos la carne de Cristo en los hermanos y hermanas que necesitan ser nutridos, vestidos, alojados, visitados, mientras que las espirituales tocan más directamente nuestra condición de pecadores: aconsejar, enseñar, perdonar, amonestar, rezar. Por tanto, nunca hay que separar las obras corporales de las espirituales. Precisamente tocando en el mísero la carne de Jesús crucificado el pecador podrá recibir como don la conciencia de que él mismo es un pobre mendigo. A través de este camino también los “soberbios”, los “poderosos” y los “ricos”, de los que habla el *Magnificat*, tienen la posibilidad de darse cuenta de que son inmerecidamente amados por Cristo crucificado, muerto y resucitado por ellos. Sólo en este amor está la respuesta a la sed de felicidad y de amor infinitos que el hombre ¿engañándose? cree poder colmar con los ídolos del saber, del poder y del poseer. Sin embargo, siempre queda el peligro de que, a causa de un cerrarse cada vez más herméticamente a Cristo, que en el pobre sigue llamando a la puerta de su corazón, los soberbios, los ricos y los poderosos acaben por condenarse a sí mismos a caer en el eterno abismo de soledad que es el infierno. He aquí, pues, que resuenan de nuevo para ellos, al igual que para todos nosotros, las lacerantes palabras de Abrahán: “Tienen a Moisés y los Profetas; que los escuchen”. Esta escucha activa nos preparará del mejor modo posible para celebrar la victoria definitiva sobre el pecado y sobre la muerte del Esposo ya resucitado, que desea purificar a su Esposa prometida, a la espera de su venida.

No perdamos este tiempo de Cuaresma favorable para la conversión. Lo pedimos por la intercesión materna de la Virgen María, que fue la primera que, frente a la grandeza de la misericordia divina que recibió gratuitamente, confesó su propia pequeñez, reconociéndose como la humilde esclava del Señor”.



🎯 El anaquel

*Esposo traicionado, empeñado en volver
a enamorar
Amante que no se rinde ante el desamor
(Os 2,16-17.18.21.25)³¹*

Juan José Bartolomé

«Nuestro pecado o alejamiento de Dios enciende en él una llama de amor más intenso, un deseo de devolvemos y reinsertarnos en su plan de salvación [...].

Dios es bueno. Y no sólo en sí mismo; Dios es –digámoslo llorando- bueno con nosotros. Él nos ama, busca, piensa, conoce, inspira y espera. Él será feliz –si puede decirse así– el día en que nosotros queramos regresar.»³²

Oseas inicia su actividad en los últimos años del reinado de Jeroboam II (782-753 a.C.; cfr. 2 Re 14,25-28), uno de los más períodos más gloriosos del reino de Israel, en el que la paz favoreció el cultivo del campo, la reactivación del comercio y vio una considerable expansión territorial. Profeta desde 750, permanecerá en su ministerio unos 25 años, hasta la caída de Samaria y la desaparición del Israel (722-721), que él mismo había vaticinado (1,4; 13,11). Muerto Jeroboam, el reino entró en una etapa turbulenta: la vida cotidiana se vuelve precaria; las grandes fortunas desaparecen; se agravan las desigualdades sociales; el poderío asirio amenaza constantemente y las políticas de alianza que surgen son contradictorias. Asesinatos en la corte y usurpaciones están al orden del día. Oseas convivirá con seis reyes diversos, de los cuales cinco morirán trágicamente. Y la fidelidad del pueblo está cediendo ante la atracción que ejerce la religión cananea (Baal: 2,10-19; 11,2; 13,1; toro de Betel: 8,4-7; 10,5-6; 13,2).

Para hacer más perceptible la profecía, Oseas representará en su propia existencia – pagando personalmente– el drama de su Dios. Y lo describirá acudiendo a dos

³¹ Texto inédito para Forum.com.

³² PABLO VI, *Homilía* (23 junio 1968): *Insegnamenti VI* (1968), 1176-1178.

metáforas: la del marido traicionado (2,4-15) y la del padre amantísimo (11,1-4). Las dos formas de amor humano más excelso, frágiles y profundas, van a ser imágenes de un Dios que no se cansa, que no descansa, hasta que recupera su amor perdido.

El libro tiene tres partes: 1,2-3,5 deja entrever la difícil relación de *Yhwh*, el primer marido (2,4.9.15.17) con Israel (2,4.7.9.14.16) narrando la relación del profeta con Gomer, «una mujer, ligada a la prostitución..., porque el país no hace sino prostituirse, apartándose del Señor» (1,2): Israel piensa que los dones de la tierra vienen de sus 'amantes' (2,7.9.12.14-15). 4,1-11,11: critica el culto de un pueblo que no conoce a Dios (4,1.6) y la política de alianzas con potencias extranjeras (7,11-12; 8,9.13) que lo llevan a romper el pacto con Dios; la infidelidad no es de ahora, sino que se ha dado a lo largo de toda la historia (9,10-14; 11,1-8). 12,1-14,9: *Yhwh* enjuicia también a Judá, anuncia la muerte de Efraín para, finalmente, afirmar su restauración.

1. El texto

Llamado por Dios para anunciar la destrucción de Israel cuando éste estaba en el cénit de su prosperidad, Oseas inicia su ministerio viviendo en primera persona el mensaje que debe transmitir. Puesto que Israel no deja de prostituirse, Dios le impone desposar una prostituta (1,2), una joven doncella que habría ofrecido su virginidad en un templo para asegurarse una maternidad fecunda. El enviado tiene que parecerse al que lo envía, sentir en propia carne lo que proclamará sobre su Dios.

Su misión personal implicará de lleno su vida matrimonial. No podrá reservarse para sí ni su más estricta intimidad; tendrá que crear una familia que sea 'palabra viva' del amor traicionado de su Dios. Le nacerán tres hijos, «los hijos de su prostitución», probablemente ilegítimos, considerados dones del dios al que su mujer había consagrado su virginidad. El profeta acepta la paternidad, dándoles un nombre. Pero tendrá que darles el nombre que Dios le impone: su drama es, en realidad, el de Dios. Los hijos, sus nombres, van a reflejar el malestar de Dios: «*Yizrael*», el primero, se llama como el lugar donde se realizó la matanza que dio el trono a la dinastía reinante (2 Re 9-10) y que señala su inminente ruina: otro *Yizrael*, otra masacre (1,4-5). «*No-compadecida*», el nombre de la segundogénita, es insólito: es una negación, una rareza, y describe la decisión que ha tomado Dios; el tiempo de la ternura y misericordia ha pasado: «*ya no tendré más compasión de la casa de Israel, ni los soportaré más*» (1,6). El tercero tendrá que llamarse «*No-mi-pueblo*», «*porque – levanta acta Dios – ni vosotros sois mi pueblo, ni yo existo para vosotros*» (1,8; cfr. Éx 6,7; Lev 26,12; Dt 27,9). Tremenda constatación, pues es la neta confesión del fracaso personal como Aliado: ni Dios va a mostrar entrañas de misericordia, ni Israel se ve a sí mismo como pueblo de Dios.

«El número de los hijos de Israel será como la arena del mar, que no se puede medir ni contar; y en el lugar donde se decía de ellos: “vosotros no sois mi pueblo”, se dirá de ellos: “¡Hijos del Dios viviente!”»

La elección, que había comenzado cuando Dios se presentó como el que «*el que era para ellos*» (Éx 3,12.14), se ha desvanecido. Pero Dios no se amilana ni flaquea. Empecinado, promete que Israel será tan multitudinario que «*no se podrá medir ni contar*», repitiendo el antiguo juramento de que llegaría a ser innumerable, «*como las arenas del mar*» (2,1). Está dispuesto a empezar de nuevo: donde ya se está diciendo que Israel no es su hijo, se le va a proclamar «*hijos del Dios viviente*» (2,1). Más aún, Israel se reunirá con Judá, asegurándose así la reconstrucción nacional; juntos crecerán tanto que se bendecirá a Dios que los sembró en la tierra. El pueblo será suyo y conocerá su misericordia (2,3).

⁴«Acusad, a vuestra madre, acusadla, porque ella ya no es mi mujer ni yo soy su marido, para que aparte de su rostro la prostitución y sus adulterios de entre sus pechos.

⁵ Si no, la despojaré dejándola desnuda, la dejaré como el día de su nacimiento, la convertiré en un desierto, la dejaré como una tierra árida, la mataré de sed.

⁶No tendré compasión de sus hijos, porque son hijos de prostitución. ⁷ Sí, su madre se ha prostituido. Se cubrió de vergüenza la que los concibió, cuando decía: “Me iré detrás de mis amantes, que me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi aceite y mis bebidas”.

⁸ Por eso yo cierro tu camino con espinos, lo rodeo de una cerca, no encontrará sus senderos.

⁹ Perseguiré a sus amantes pero no los alcanzará, los buscará sin encontrarlos.

Entonces se dirá: “Voy a volver a mi primer marido, porque estaba entonces mejor que ahora”.

¹⁰ Y es que ella no comprendía que era yo quien le había dado trigo, mosto y aceite virgen, quien le había prodigado plata y oro: los convirtieron en ídolos.

¹¹ Por eso volveré a recuperar mi trigo en su sazón, el mosto en su estación; le arrancaré mi lana y mi lino, que cubrían su desnudez. ¹² Entonces descubriré su infamia a la vista de sus amantes, y nadie la salvará de mi mano.

¹³ Pondré fin a toda su alegría: su fiesta, su novilunio y su sábado, a todas sus celebraciones.

¹⁴ Devastaré su viña y su higuera, de las que decía: “Son mi salario, me lo dieron mis amantes”. Las convertiré en selva, las devorará el animal salvaje.

¹⁵ Le pediré cuentas de los días en que quemaba incienso a los ídolos. Ataviada con su anillo y su collar, corría detrás de sus amantes, y a mí, me olvidaba». Oráculo del Señor.

El porvenir soñado es tan estupendo como cruel la realidad. La soledad de Dios es total; tanto como para reconocer que ya no existen vínculos entre El y su elegido (cfr. Éx 3,12: «*Yo estoy contigo*»). Para poder hablar en nombre de ese Dios, Oseas, trascurridos unos nueve años de matrimonio, tiene que soportar el abandono de su mujer («*ella ya no es mi mujer, ni yo soy su marido*»). Y, puesto que es ya público, incitar a sus propios hijos en su contra (2,4) para que, recapacitando, deje de correr tras nuevos amantes y mejores bienes (2,7). Siglos lleva soportando Dios la infidelidad de su Pueblo, que no confía en él y busca cuanto imagina necesitar en otros dioses, olvidando que el único que lo «*sacó de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud*», se había comprometido a «*no tener otros dioses frente a mí*» (Éx 20,2-3).

Amante traicionado como su Dios, el profeta deberá, tras experimentar la traición de su esposa, hacer suyo el plan que Dios ha urdido para reconquistar Israel: la abandonará, desnuda y avergonzada, en el desierto. Más aún, la convertirá en desierto, en tierra árida, sin frutos; la matará de sed; la dejará sin dones: si ella no renuncia a su infidelidad, su marido la privará de su protección y de alimentos (2,4-7; cfr. Éx 21,10). Probará a aislarla, cerrando sus caminos; encerrada en una empalizada, no encontrará la salida que la lleve hasta sus amantes; por más que los persiga, nunca los alcanzará. Los castigos inciden donde se han dado las culpas. Los esposos, Dios y Oseas, se empeñan en imposibilitar la traición de sus esposas: se las llevan al desierto donde no podrán celebrar a sus dioses/señores (exilio); se les priva de bienes para que reconozcan quién se los garantizaba (carestía); se les cierran los caminos y se las acorrala entre cercas para que no sigan a la caza de amantes (cautividad).

Tan vana será su búsqueda de amantes que quizá – se ilusiona Dios – empiece a pensar en volver a su dueño, «*porque estaba entonces mejor que ahora*» (2,9). Despechado, el esposo amante, procura el mal a su esposa, para que recuerde lo bien que se había sentido cuando estaban juntos. Pero no basta, porque no entiende que cuanto tiene proviene de su señor. Tendrá que quitárselo todo: alimentos y vestidos; imposibilitarle la alegría y las fiestas, convertir sus viñas e higueras en selva y pasto de animales. Deshonrada «*a la vista de sus amantes, nadie la salvará de mi mano*» (2,12). Pero no la entregará a las llamas (Gén 38,24; Lev 21,9) ni la hará apedrear (Dt 22,23-24), como merecería. La dureza de las actuaciones emprendidas desvelan más al desesperado amante que al esposo traicionado. Y es que, concluye *Yhwh* con amargura, Israel «*corría detrás de sus amantes, y a mí, me olvidaba*» (2,15): sufre porque no es amado, ni siquiera respetado, como correspondería.

La actuación del marido no se reduce a prevenir la infidelidad. Toma una decisión sorprendente. Se va a emplear a fondo para ganarse de nuevo el amor perdido; no se resigna, por más dolido que se sienta, a condenarlo; se propone conquistarlo implicándose emocionalmente. Porque quiere ser amado, se esfuerza por ganarse a su pueblo.

¹⁶«Por eso, yo la persuado, la llevo al desierto, le hablo al corazón, ¹⁷le entrego allí mismo sus viñedos, y hago del valle de Acor una puerta de

esperanza. **Allí responderá como en los días de su juventud, como el día de su salida de Egipto».**

Antes de lograr la conversión de su Pueblo – y para conseguirla –, Dios mismo se convierte al perdón. Aprovecha que por un momento pensó en volver a él (2,9: «*Voy a volver a mi primer marido, porque estaba entonces mejor que ahora*»), para volver a ella y reconquistarla. Los cuatro verbos que describen su actuación y su secuencia son relevantes: están cargados de afecto. La llevará al desierto (2,16), donde inició su historia de amor (13,4-5: «*Yo soy el Señor, tu Dios, desde la tierra de Egipto; no conoces a otro dios fuera de mí, ni a otro salvador, sino a mí. Yo te conocí en el desierto, en una tierra ardiente*»), donde por no haber no hay ni *baales*. No se impondrá, la seducirá, cortejándola amablemente (textualmente «*hablándole al corazón*», cfr. Gén 34,3; Jue 19,3; Rut 2,13). Anuncia un nuevo exilio, probablemente, donde por no contar con nadie sólo podrá contar con su Dios, que solo usará con ella un amor y una generosidad desconocidas, «*porque el Señor, tu Dios, es un Dios compasivo; no te abandonará, ni te destruirá, ni olvidará la alianza que juró a tus padres*» (Dt 4,31). Abandonado, Dios jamás ha pensado en pagar con la misma moneda. Y le promete allí mismo, en el desierto – promesa de enamorado – viñedos, quintaesencia de la posesión de la tierra en paz (2 Re 18,31), y un camino de regreso a la tierra y a la Alianza.

¹⁸ **Aquel día** —oráculo del Señor— **me llamarás “esposo mío”, y ya no me llamarás “mi amo”**. ¹⁹ Apartaré de su boca los nombres de los *baales*, y no serán ya recordados por su nombre.

²⁰ **Aquel día** haré una alianza en su favor, con las bestias del campo, con las aves del cielo, y los reptiles del suelo. Quebraré arco y espada y eliminaré la guerra del país, y haré que duerman seguros. ²¹ **Me desposaré contigo para siempre, me desposaré contigo en justicia y en derecho, en misericordia y en ternura,** ²² **me desposaré contigo en fidelidad y conocerás al Señor.**

²³ **Aquel día yo responderé** —oráculo del Señor—, yo responderé con los cielos, y ellos responderán a la tierra. ²⁴ La tierra responderá con el trigo, el mosto y el aceite nuevo, y ellos responderán a “Dios-siembra”. ²⁵ Yo la sembraré para mí en el país, **tendré compasión de “No compadecida”, y diré a “No mi pueblo”: “Tú eres mi pueblo”; y él dirá: “Mi Dios”**».

Tan seguro está de la fuerza de su amor y de la eficacia de su estrategia como amante, que no duda de la reacción positiva de su pueblo: «*responderá como en los días de su juventud, como el día de su salida de Egipto*» (2,17; cfr. 11,1; Éx 13,3). Oseas reduce el primer éxodo al tiempo de amor primerizo. Y en consecuencia describe con énfasis evidente la que será su inmediata réplica: con una triple repetición de la fórmula «*aquel día*» (2,18.20.23), enmarcada como va por la solemne declaración «*oráculo del Señor*» (2,18.23), Dios en persona anuncia la recuperación de su proyecto salvífico; lo tiene ya tan pensado, programado incluso, que lo puede describir. No

descansará hasta que su amada, de nuevo desposada, descansa en su brazos. Hasta entonces seguirá soñando “ese día”.

Ese día llegará cuando Israel vuelva a reconocerlo como su compañero y no como su señor, literalmente como su hombre, no como su amo y dios: llegará el día – y la declaración está puesta en boca de Israel – en el que ya no habrá más alianza que la del matrimonio con *Yhwh*. Y para que la restauración de la alianza sea permanente, Dios impedirá que se pronuncien los nombres de los dioses, que se les recuerde. No es que no prohíba que se los invoque, es que no se podrá, pues sus nombres serán olvidados. *Yhwh*, en aquel día, no tendrá ya concurrente, ni Israel dioses alternativos a los que dar culto. Será realidad lo que se esperaba: «*no invoquéis el nombre de dioses extraños; ni se oiga en vuestras bocas*» (Éx 23,13b). Es significativo que sea el mismo *Yhwh* quien imponga lo que siempre ha pedido, exclusividad en la relación con su pueblo (Dt 12,3), pero que lo haga después de que Israel se declare su esposa: un día, *Yhwh* hará realidad el deseo de Israel.

Liberado de los dioses, hasta de su memoria, *Yhwh* se aliará con animales y enemigos en nombre y a favor de Israel (2,20); una nueva relación con el entorno hostil, animal y humana, entra dentro de la actuación salvífica divina. Antes de aliarse con Israel, *Yhwh* se hará aliado de la creación, sólo con la parte que representa un peligro para Israel (el orden es el de Gén 1,30), y con los imperios, las naciones que desean apropiarse de su pueblo: el pacto no es todavía *con* Israel, sino ya *en beneficio* suyo; no lo dejará indefenso..., podrá dormir tranquilo. Firmando tratados con bestias salvajes (cfr. 2,14: «*Devastaré su viña y su higuera... Las convertiré en selva, las devorará el animal salvaje*») y potencias extranjeras (cfr. 2,5: «*la convertiré en un desierto, la dejaré como una tierra árida*») evitará que las amenazas por El anunciadas se tengan que cumplir; quien las emitió, es ahora quien se encarga, mediando, de imposibilitarlas. No entra en negociaciones, aunque se sujetará a pactos; es El quien establece la alianza, que crea seguridad para los suyos (cfr. 1,5-7)

Sin dioses y en paz, Israel podrá volver a ser lo que *Yhwh* más quiere: casarse con su pueblo. Repite tres veces su propósito: «*me desposaré contigo*»; no será una simple reconciliación, sino un nuevo matrimonio: perpetuo, y no temporal como fue el primero; ornado con las cualidades que faltó al anterior: «*justicia y derecho, misericordia y ternura*». El doble binomio es significativo: la nueva relación será equitativa y apasionada. *Yhwh*, esposo, se compromete en pagar la dote nupcial (Dt 22,29) respetando la justicia y prometiendo ternura. Ambas asegurarán la fidelidad, que estuvo al origen de la primera alianza (Dt 4,40), esa recíproca lealtad, devoción y dependencia mutua que mantienen vivo el pacto entre aliados. La fidelidad es la vía al auténtico conocimiento: lo que *Yhwh* no había recibido (2,10.15; 4,1.6; 6,6) lo obtiene ahora: El y sus dones son acogidos y ‘reconocidos’.

Una nueva, última, promesa divina, introducida como su palabra directa, empeña la intervención de Dios «*responderá*» de que el cielo cubra de agua la tierra, de que la tierra aporte sus frutos, lo que Dios le había dado y retirado (2,10); lluvia del cielo y fertilidad de la tierra eran prerrogativas de los baales cananeos. Dios se hace único

responsable de que Israel, contando con ellos lo reconozca como Dador, como verdadero *Yisrael* «Dios-siembra» (2,24); *Yhwh*, no un fecundo valle, será la panera de Israel, el que le asegure alimento en abundancia. Más aún, *Yhwh* sembrará a Israel en su suelo, para que no pierda ya más la tierra donada: en ella enraizada, se compadecerá de sus hijos, que retornarán a ser su pueblo. Entonces, sólo entonces, *Yhwh* volverá a ser aclamado como su Dios (cfr. 2,10.15; Lev 26,45). Los nuevos nombres de los hijos sellan la nueva alianza.

2. La vida

Porque no se sentía respetado y era desatendida su voz, Dios necesitó de un portavoz que viviera en carne propia su propio drama. Amante traicionado, Dios eligió Oseas para, habiendo experimentado el desamor que sufría, convertirlo en palabra viviente de desventura. Siempre andará Dios, un Dios a quien su pueblo ya no escucha, en búsqueda de creyentes que le presten su vida para representarlo. Oseas no fue profeta solo por proclamar la palabra de Dios; tuvo que parecerse a quien lo enviaba y sufrir idéntico desengaño, para poder hablar de Dios a sabiendas de lo que decía. Tendrá que elegir mujer propia a quien fue amante de muchos; tendrá que adoptar como hijos a quien engendraron otros padres; tendrá que tener una familia que no puede reconocer como suya. Al igual que su Dios.

Solo quien sabe de traiciones puede hablar fehacientemente de un Dios traicionado. Pocos evangelizadores hoy quieren pagar con la propia vida la palabra que anuncian, ni padecer, junto a su Dios, el mismo abandono. Porque no son 'com-pasivos' con el Dios que anuncian, no logran compadecerse de un pueblo que no quiere saber nada de su Dios. Por temor a sufrir de desamores, no están dispuestos a ser portavoces de un Dios malquerido. Las consecuencias no pueden ser menos funestas: la desolación de un Dios despechado queda ignorada, silenciada. Y el pueblo de Dios persiste en su deslealtad.

Menos mal que Dios no se da por vencido. Y menos mal que cuenta con un profeta dispuesto a convertir su drama personal en palabra de Dios. Ambos, esposos engañados, urden un plan para ganarse de nuevo a sus amadas; les procurarán males y desgracias, mientras están lejos de ellos, para que recuerden lo bien que se encontraban cuando estaban junto a ellos. El mal experimentado en la ausencia de Dios puede ser el camino de regreso a El, por Él ideado e impuesto; sufrir carencias o desgracias no es malo, si nos hace sentir nostalgia del Dios que hemos perdido. Si el mal nos hace daño, y lo advertimos, estamos en condiciones de buscar el Bien que nos falta. Por mal que nos parezca, la estrategia del Dios amante es hacernos sentir que sin El no podemos estar bien. Es por pura compasión que Dios nos acosa con el mal, cuando lo hemos dejado en busca de otros bienes.

Como buen amante, el Dios traicionado trata con dureza a quien le es desleal. Y es sufre cuando no es correspondido, y se encela si no es respetado. Prueba su amor indefectible el que se sienta herido por nuestras deserciones. Cuando más dolido esté, menos resignado a perdernos se muestra. Si con el mal infringido no ha logrado

recuperarnos, intentará amarnos sobre manera; en lugar de castigarnos con justicia, nos abrumará con su misericordia. Para conseguir nuestra conversión, se convertirá El, de nuevo, en tenaz e incansable amante. Su compasión prevalecerá sobre el desengaño, una terco ternura sobre su cariño maltratado. Para merecernos ese Dios, no hace falta ser bueno. Basta con haberle sido infiel. Y para lograr que vuelva a nosotros, no tenemos que volver a El. Basta con que El lo quiera. Abandonado Él, no desampara a quien lo dejó plantado.

Un Dios así, que se ‘convierte’ y reconquista a su pueblo, necesita de amantes traicionados que sepan, cuando hablen de Él, lo que dicen porque lo han experimentado. Un profeta que no conozca el desengaño amoroso no resulta creíble cuando habla de un Dios desengañado. Sin heridas en la vida personal mal se puede representar un Dios que ha sido lastimado. El Dios que nos ha escogido como sus mensajeros cuenta que nuestras vidas sean imagen visible de su mensaje. Es el precio que hay que pagar por tener un Dios, tierno amante.

Tan seguro está Dios de la fuerza de su amor que puede predecir con exactitud el día de la recuperación de su pueblo: *aquel día* volverá a descansar entre sus brazos su amada. No hay que pasar por alto que mientras el castigo y la destrucción están garantizados (1,4-9; 2,4-15), la salvación es todavía sólo una promesa. Pero el simple hecho de que a Dios le siga interesando su pueblo, lo convierte en rehén de su elección: no ha dejado de amarlo, ni siquiera cuando era traicionado; no ha dejado de sufrir, porque siempre lo ha querido. Todo el trabajo lo va a llevar a cabo Dios: a su pueblo se le pide – y para ello le es anunciado con tiempo – que se deje hacer, que permita ser amado. Y es que cuanto promete Dios no va condicionado a un cambio de conducta: Dios, amándola de nuevo y mejor, pretende lograr la conversión: de amada por El en amante de El.

En la relación con su Dios lo que más cuesta al creyente no es volver cuando se ha alejado, sino no dudar de su amor cuando se le ha traicionado. Que nos ame antes incluso de conocerlo, puede ser una agradable sorpresa. Que nos siga amando cuando lo hemos dejado de amar, por amar a otros, es misterio incomprensible. No permanece indiferente frente a nuestra indiferencia, se siente herido por nuestra frialdad, lo maltratan nuestras infidelidades, porque nos ama sin medida. Por no perdernos está incluso dispuesto a perderse el respeto, a pasar por la humillación de su amor no correspondido. Nuestro Dios es un Dios que, fiel a si mismo, no puede consentirse ser infiel a nosotros. Querámoslo o no, siempre seremos para El su pueblo, siempre será para nosotros nuestro Dios.

3. Mi Dios

Mira que eres ocurrente, Señor: llamaste a Oseas para que fuera portavoz de tu desengaño y anunciador de desgracias cuando tu pueblo vivía en el cenit de su gloria, ebrio de poder. No parece muy acertado elegir, en tiempo de bonanza, profetas de desventuras. Y es que no te fijas en cómo vemos nosotros la realidad ni siquiera en si nos sentimos a gusto con ella; te riges por lo que ven tus ojos y siente

tu corazón. Nos juzgas no según nuestras obras, sino conforme a tu plan de salvación. Guiado por tu amor, no te dejas llevar por las apariencias; persigues siempre nuestro bien. Quizá por eso, no te entendemos bien cuando nos hablas, ni te escuchamos cuando nos avisas.

Te tengo miedo, lo reconozco, Señor. Temo que me hayas elegido para revivir tu propio drama; temo que para hacerme portavoz tuyo me obligues a experimentar desamor e infidelidades. ¿Por qué no me ahorras sufrimientos que conoces tan bien porque los has padecido? Pero, ¿podría sería creíble yo si hablara de males sin haberlos probado antes? ¿Cómo representarte dignamente si no sé por experiencia lo que digo, si te conozco solo de oídas, si desconozco lo que pasa por tu corazón? ¿Cómo hablar de tu amor herido sino sé que se siente cuando me hiere quien amo?

No desesperes de mí. Confía en el poder, en la imaginación, de tu amor. Y si no logras que me convierta a Ti, conviértete Tu a mi. Mírame, compasivo y sálvame de mí mismo. Llévame donde pueda oírte solo a Ti, aunque sea un desierto; si allí me hablaras al corazón, se agrandaría mi capacidad para escucha; me sería más fácil escucharte. Empéñate en reconquistarme. Gáname para ti. Hazte adorable a mis ojos y en mi corazón, y no me volveré a perder otra vez buscando a amantes a quienes adorar. No me abandones, por más veces que yo te haya dejado. No tomes en cuenta mi desvarío. Quiero volver contigo y revivir los días felices en que Tu eras mi único Dios.

Enamórame de ti. Tu no puedes dejar de quererme, porque soy tuyo. Volvamos al amor primero, cuando Tu llenabas mi corazón y saciabas mis afanes. Sé que puedo contar con ello, porque tu me eres fiel y no puedes renegar de tu promesa. Aparta de mi boca, borra en mi corazón, los nombres de todos los señores a los que he servido. Quiero oír de nuevo tu palabra de compromiso: soy tu esposo, no tu amo; soy tu amante, no tu dueño.

Reconozco que nunca te he merecido. Ni cuando me conquistaste por vez primera, ni cuando ahora me quieres reconquistar. Y no me explico qué puedas ver en mí que tanto te atraiga. Puesto que no encuentro en mí el motivo, tendrá que estar en ti. Me admira que tengas necesidad de mi para amar y ser amado. Esa es la fuerza que guía tu actuación y tu debilidad, que te hace vulnerable a mi menosprecio. Ellas son mi oportunidad, mi buenaventura. Vuelve a usar tu misericordia y ternura conmigo. Si las siento en mi corazón, si te descubro en él, te conoceré íntimamente y me habrás conquistado. No tardes, pues, en volver a desposarte conmigo. Acepto ser amado por ti para siempre.

Compadécete de mi, como me has prometido. Haberte causado dolor es la mejor prueba de lo mucho que te importo. Que mi pecado te siga hiriendo, para que yo sepa que me sigues deseando. Que mi ausencia te duela, para que no me quepa duda de que me echas en falta. Saber que me necesitas me ayudará a volver a Ti, enternecido ante tanta ternura. Serás mi Dios, si me muestras tu compasión; seré tu amado, si eres misericordioso.

